

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

PENSAMIENTOS
BÍBLICOS
Y PATRÍSTICOS
sobre diversas materias

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Benjamin Martín Sánchez
Catedrático de la D.E. de Lengua Castellana

PENSAMIENTOS BÍBLICOS Y PATRÍSTICOS sobre diversas materias

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7693-237-5

Depósito Legal: B.43.686-92

Printed in Spain

APSSA

ROCA UMBERT, 26

L'HOSPITALET

PRESENTACIÓN

Amigo lector:

Aquí tienes un nuevo libro de pensamientos entresacados de la Biblia y también de los Santos Padres de la Iglesia por ser estos los mejores intérpretes de los Libros Santos.

Los temas que se desarrollan abarcan diversas materias, como puedes ver en el índice, y espero que sean instructivos y formativos y proporcionen a cuantos los lean ideas sólidas y abundantes de meditación.

En algunos de los temas añado algunas breves palabras que sirven para aclarar los conceptos bíblicos y patrísticos que voy exponiendo.

Dios quiera que la lectura reposada de estos pensamientos te animen a seguir por el ca-

mino de la perfección, a alcanzar una gran formación religiosa y a elevar más tu mente a Dios, el dador de todo bien.

Zamora, 2 febrero 1992

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

PRESENTACIÓN

A mi querido amigo Benjamín, he aquí un nuevo libro de pensamientos cristológicos de la Biblia y también de los Santos Padres de la Iglesia por ser estos los mejores intérpretes de los Libros Sagrados. Los temas que se desarrollan abarcan diversos aspectos como pueden ser el índice, y espero que sean instructivos y formativos y proporcionen a quienes los lean ideas sólidas y abundantes de meditación. En algunos de los temas añado algunas veces palabras que sirven para aclarar los vocablos bíblicos y patristicos que voy exponiendo. Dios quiera que la lectura reposada de estos pensamientos te anime a seguir por el ca-

PENSAMIENTOS BÍBLICOS Y PATRÍSTICOS

sobre diversas materias

1. Ama la virtud

La virtud engrandece a los pueblos, mientras que el pecado los hace miserables (Prov. 14,34).

La virtud es el arte de vivir bien y rectamente. Es la senda por la cual el hombre de bien llega a la gloria, al honor, al poder (San Agustín).

La virtud es no querer pecar y obligar a la voluntad a perseverar en este apartamiento del pecado... Muchos son los que quieren llegar

sin demora a la cumbre de la perfección; y porque no suben por la gradería de las virtudes, fácilmente caen (San Ambrosio).

Flores del alma son las virtudes: flor es la humildad, flor la paciencia, flor el lirio de la caridad... El tesoro de las virtudes debe encerrarse con la llave de la humildad en el arca del corazón (San Buenaventura).

Como las estrellas, que brillan en la noche y no se ven durante el día, así la verdadera virtud resplandece en la adversidad, y no es raro que se oculte en los días prósperos... Las verdaderas riquezas no son el oro ni la plata, sino las virtudes (San Bernardo).

El que quiera gozar de verdadero descanso en el camino de la perfección, debe ejercitarse antes en las virtudes (San Gregorio Magno).

Nada hace que los hombres sean tan insensatos como el pecado; nada que los hagan tan cuerdos como la virtud, porque los hace reconocidos, buenos, dulces, humanos y misericordiosos... El manantial, la raíz, la madre de la sabiduría es la virtud. Todo pecado tiene su manantial de locura; pero el que se aplica la virtud es prudentísimo (San J. Crisóstomo).

Tal es la naturaleza de la virtud, que los mismos que la combaten, no pueden menos de admirarla; tal es, por el contrario, la naturaleza del vicio, que los mismos que le siguen se ven precisados a condenarle... No es la hermosura del cuerpo la que debe hacer amables, sino la virtud del alma: no deben ser los adornos, el oro ni los ricos vestidos, sino la templanza, la probidad y la constancia en el temor de Dios... Nada es comparable a la virtud (S. J. Crisóstomo). («La virtud no pasa por ninguna parte sin dejar huellas» C. Arenal).

No puede crecer la virtud juntamente con los vicios: reprímase la concupiscencia para que tome fuerza la virtud (San Bernardo).

Perfecto es aquel que practica todas las virtudes (Clem. de Alejandría).

Por grandes que sean los progresos realizados en la virtud, os engañaríais de medio a medio si creyereis que vuestros vicios están de todo extinguidos, siendo así que sólo los tenéis reprimidos y sujetos a la coyunda, siempre dispuestos a jugaros una mala partida por poco que os descuidéis (San Bernardo).

En la lucha Dios debe ser nuestra firmeza. Cuando tu, oh Dios, eres nuestra firmeza, en-

tonces estamos firmes, y cuando la firmeza es nuestra, entonces somos flacos... Si Él no nos ayuda, no digo ya vencer, mas ni siquiera luchar podremos (San Agustín).

No tenemos que turbarnos por nuestras imperfecciones, porque la perfección consiste en combatirlas, y sería imposible combatirlas sin verlas, o vencerlas sin encontrarlas; de modo que nuestra victoria no consiste en no sentir-las, sino en no consentir en ellas (S. F. de Sales).

2. Conócete a ti mismo

La lámpara del cuerpo es el ojo. Si, pues, tu ojo estuviera sano, todo tu cuerpo estará alumbrado; mas si tu ojo estuviera enfermo, todo tu cuerpo estará tenebroso. Si, pues, la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuán grandes serán éstas! (Mt. 6,22-23).

No hay ciencia mejor para el hombre que el conocimiento de si mismo... Oh Dios, siempre el mismo, haz que yo me conozca y te conozca... Conózcame a mi (mis miserias, mis debilidades, mi ignorancia...) para despreciarme, y conózcate a Ti para amarte (san Agustín), (Quien bien se conoce, dice Kempis, tié-

nese por vil y no se deleita en alabanzas ajenas).

No sólo son nuestros ojos los que miran hacia fuera y no se repliegan sobre sí mismos, sino que también el alma mira los pecados ajenos y no los propios (San Basilio M).

El primer escalón de la humildad es el conocimiento propio (S. Anselmo).

Más vale reconocer nuestra flaqueza para ser fuertes, que simular fortaleza y ser débiles (S. Cipriano).

Más digno de alabanza es quien conoce su miseria, que quien la ignora escuchando el curso de los astros y la naturaleza de las cosas (S. Agustín).

¿De qué te sirve leer y entender, si no te lees y entiendes a ti mismo?... Nada juzga bien quien no se conoce a si mismo (San Bernardo).

Es muy peligroso para el alma tener en poca estima el estudio y conocimiento propio (S. Jerónimo).

Hay quien examina las vidas ajenas..., sabe lo de los otros y se ignora a si mismo. Cuanto

más hábil es el curioso para comprender lo que valen los demás, tanto menos conoce sus propias cualidades (S. Greg. Magno).

No te preocupes de saber lo que diga o haga otro..., suprime el cuidado de la vida ajena, no te cuides de lo extraño a tu causa... Corrige tus vicios con la solicitud con que miras los ajenos (San Isidoro).

¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no consideras la viga que hay en el tuyo?... ¡Hipócrita!, quita primero la viga de tu ojo, y entonces verás bien para quitar la paja de tu hermano (Mt. 7,3-5).

Tendréis, pues, este orden en el mirar: que primero os miréis a vos y después a Dios, y después a los próximos: miraos a vos para que os conozcáis y tengáis en poco, porque no hay peor engaño que ser uno engañado en sí mismo teniéndose por otro de los que es (San Juan de Avila).

Pasé junto al campo del perezoso y junto a la viña del insensato. Y todo eran cardos y ortigas que habían cubierto su haz, y su albarada estaba destruida. A su vista me puse a reflexionar; aquello fue para mi una lección (Prov. 24,30-32).

He examinado mi vida, y enderezado mis pasos a la observancia de tus Mandamientos (Sal. 119,59).

El examen de conciencia por la noche, así como el de la mañana, nunca debe omitirse. Con el de la mañana abres las ventanas del alma, para que entre en ella el Sol de justicia, y con el de la noche las cierras, para que no la obscurezcan las tinieblas del abismo (San F. de Sales).

Has de examinar de cuando en cuando cuáles son las pasiones dominantes de tu alma, y cuando las hayas conocido, emprende un tenor de vida opuesto a ellas en pensamientos, palabras y obras (Ib.).

3. Niégate a ti mismo

Jesús dijo: *Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida (abandonándose a Mí), la perderá; mas el que perdiera su vida por causa mía, la salvará (Lc. 9).*

«El que quiere venir en pos de Mí niéguese a sí mismo», viene a significar «El que quiere

hacer mi voluntad aprenda a quebrar la suya» (San Bernardo).

Verdaderamente se niega a sí mismo quien por amor a Cristo sufre con paciencia todas las miserias del mundo... La vida del buen religioso empieza por el desprecio y la negación de sí mismo (S. Buenaventura).

Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. ¡Qué estrecha es la puerta y trabajoso el camino que lleva a la vida, y pocos son los que lo encuentran» (Mt. 7,13-14).

Es harto de llorar la ignorancia de algunos que se cargan de extraordinarias penitencias y de otros muchos voluntarios ejercicios y piensan que les bastará eso y esotro para venir a la unión de la Sabiduría divina, y no es así, si con diligencia ellos no procuran negar sus apetitos... Es menester que el camino y subida para Dios sea un ordinario cuidado de hacer cesar y mortificar los apetitos; y tanto más presto llegará el alma, cuanto más prisa en esto se diere (San Juan de la Cruz).

Deja lo suyo quien renuncia todos sus bie-

nes; niéguese a sí mismo quien ataca sus malos hábitos (San Isidoro).

Los que son de Cristo crucificaron la carne con sus vicios y concupiscencias (Gál. 5,24). (El que no tiene fuerza para vencerse a sí mismo, no ha nacido para cosas grandes).

Así, pues, dejad muertos vuestros miembros a las cosas terrenas: a la fornicación, a la impureza, a las pasiones, al apetito desordenado y a la avaricia, que es culto de los ídolos (Col. 3,5).

No andes derramando tu vista por las calles de la ciudad, ni andes rodando por sitios solitarios. Aparta tus ojos de mujer muy compuesta y no te fijas la vista en la hermosura ajena. Por la hermosura de la mujer muchos se extraviaron, y con eso se enciende como fuego la pasión (Eclo. 9,7-9).

Aparta mis ojos para que no miren la vanidad; haz que viva siguiendo tu camino (Sal. 119,37).

Muchas veces muchos espirituales usan de recreaciones de los sentidos con pretexto de oración y de darse a Dios, y es de manera que más se puede llamar recreación que oración, y

darse gusto a sí mismos más que a Dios. Y aunque la intención que tienen es para Dios, el efecto que sacan es para la recreación sensitiva, en que sacan más flaqueza de imperfección que avivar la voluntad y entregarla a Dios (San Juan de la Cruz. Subida III).

Del gozo en oír cosas inútiles derechamente nace distracción de la imaginación, parlería, envidia, juicios inciertos y variedad de pensamientos, y de éstos otros muchos y perniciosos daños (Id.).

Para conservar la pureza del corazón es necesario conservar la disciplina de los sentidos exteriores... Por los sentidos de la carne penetra el mal en el alma... (S. Greg. Magno).

4. Lucha contra el espíritu del mundo

Hemos de distinguir con San Agustín y con la Sagrada Escritura dos mundos: el bueno, obra de Dios, y el malo, o sea, los hombres malos y perversos, de los cuales Satanás es el príncipe (Jn. 12,131). El mundo malo son «los amadores del mundo», y es el que está lleno de peligros y corrupción...

No améis el mundo ni lo que hay en el

mundo... Todo lo que hay en el mundo (y procede del mundo) es: concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (1 Jn. 2,15-16).

¿No sabéis que el mundo es enemigo de Dios? Quien pretende ser amigo del mundo se constituye enemigo de Dios (Sant. 4,4).

Todo lo que hay en el mundo, Dios lo ha hecho...; pero ¡ay de ti si tu amas las criaturas hasta el punto de abandonar el Creador!... Dios no te prohíbe amar estas cosas, pero te prohíbe amarlas hasta el punto de buscar en ellas tu felicidad... Dios te ha dado todas estas cosas. Si, por el contrario, tú amas estas cosas, aunque hechas por Dios, y tu descuidas al Creador y amas al mundo ¿acaso no será juzgado adúltero tu amor?... ¿Amas la tierra? Tierra eres. ¿Amas a Dios? ¿Qué diré? ¿Eres Dios? No me atrevo a decirlo por cuenta propia. Oigamos la Escritura: «Yo he dicho: Sois dioses e hijos del Altísimo».

El mundo tiene sus noches y son numerosas. Pero ¡qué digo que el mundo tiene sus noches! El mismo no es más que noche, y constantemente se halla sumergido en las tinieblas» (San Bernardo).

¿Qué preferís, dice San Agustín; amar las cosas temporales y pasar con el tiempo, o despreciar las cosas del mundo y vivir eternamente con Dios?... El amor del mundo conduce a todos los pecados...

¿Tendré que repetiros muchas veces qué se entiende por mundo? No es el cielo ni la tierra, ni todo lo demás que Dios hizo, sino los amadores del mundo. Sin duda que repitiendo esto muchas veces, me hago pesado a algunos; sin embargo, mientras haya a quienes pregunto si lo he dicho ya alguna vez, y no me responden, no es inútil repetirlo. ¿Qué es el mundo? El mundo, en el mal sentido de la palabra, quiere decir los amadores del mundo; el mundo en sentido bueno, quiere decir el cielo y la tierra y todas las obras de Dios que en ellos se contienen».

Si el mundo os odia, sabed que a Mí me ha odiado antes que a vosotros. Si del mundo fuerais, el mundo amaría lo suyo; mas, porque no sois del mundo, sino que Yo os elegí y separé del mundo, por eso el mundo os odia (Jn. 15,18-19).

Si el mundo os agrada, es que queréis vivir siempre en la impureza; si no os agrada, habite en vosotros el que purifica y seréis puros. Pero, si sois puros, no viviréis en el mundo (S. Agus-

tín). (El verdadero cristiano tiene que vivir en el mundo, pero sin ser del mundo).

Sabemos que somos de Dios y el mundo entero está puesto bajo el Maligno (1 Jn. 5,19).

Si los ricos y los poderosos meditasen esta sentencia, la escribirían en todas partes, en sus vestidos, en la plaza pública, en su casa y en las puertas... Es menester que en las comidas y en las reuniones cada uno diga al que tiene al lado: *Vanidad de vanidades y todo vanidad...* Quien se separa del mundo, no corporalmente, sino en espíritu, no por el lugar, sino por las obras... no parece vivir en el mundo (S. J. Crisóstomo).

El que se ha apartado de Dios por la hermosura de las criaturas, debe volver a la hermosura del Creador por la magnificencia de lo creado... Todas las cosas creadas son por naturaleza buenas, sólo el mal uso que hacemos de ellas las pervierte (San Isidoro).

5. Vive desprendido de las cosas terrenas

Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él. En teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos con eso contentos (1 Tim. 6,7-8).

Lo que no podemos llevar con nosotros no nos pertenece; sólo la virtud acompaña a los difuntos... Lo que tenemos aquí en la tierra lo reclaman cuantos carecen de bienes (San Ambrosio).

¡Qué locura colocar vuestros tesoros en un lugar que debéis abandonar y no enviarlos allí donde debéis de ir! Amontonad riquezas en el lugar de vuestra verdadera Patria... (S. J. Crisóstomo). (Esto lo conseguiréis haciendo el bien con las que poseéis en este mundo).

Bienaventurado el varón irrepreensible que no corre tras el oro. ¿Quién es ese que le alabamos? Porque hizo maravillas en su pueblo (Eclo. 31,8-9).

Detrás de ti ha de ir el oro. Porque bueno es el oro, ya que nada malo fue creado por Dios.

No seas tu malo y es bueno el oro. ¿Qué quiere decir «va detrás de ti»? Que tú guías y no eres guiado; porque posees y no eres poseído (San Agustín).

Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres... y sígueme (Mt. 19,21). (La práctica de la virtud de la pobreza te conducirá a la perfección).

Si abundan las riquezas no apeguéis a ellas vuestro corazón (Sal. 62,11). Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt. 6,33).

Las riquezas, como don de Dios son buenas; lo que es malo es su abuso. Las riquezas no son en sí pecado; pero es un pecado no distribuir las a los pobres y emplearlas en el mal (S.J.C. Crisóstomo).

Las riquezas son semejantes a la serpiente; el que las recoge sin mil precauciones, siente pronto que su alma está aprisionada y mordida (Clem. de Alejandría).

El rico del Evangelio se preocupaba en construir mayores graneros para su mucha cosecha, y San Basilio comenta: «¿Buscáis graneros? Ya los tenéis: esos graneros son el estómago de los pobres hambrientos». (Cuando socorres al pordiosero, piensa: Estoy prestando dinero a Dios).

En nada perjudica al alma el cuidado de los negocios domésticos, si es moderado, y deja tiempo para la oración, la lectura y recogimiento espiritual (S.F. de Sales).

¿Os inquietan los tesoros? Dadlos a los po-

bres, y los volveréis a encontrar en el cielo, en donde están completamente seguros (S. Agustín).

Las riquezas afluyen a las manos de los que las distribuyen con largueza (S. Clemente de Alejandría).

No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón (Mt. 6,19-21).

Y vosotros, los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra riqueza está podrida... Vuestro oro y vuestra plata comidos de orín, y el orín será testigo contra vosotros» (Sant. 5,1-3).

A los ricos de este siglo encárgales que no sean altivos, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales, dadi-vosos y atesorando para el futuro con que alcanzar la verdadera vida (1 Tim. 6,17-19).

Jesucristo llama «espinas» a las riquezas

(Mt. 13,22), porque lastiman nuestra alma al clavarnos con los pensamientos que sugieren, que atormentan al arrastrarnos al pecado... Ellas sofocan la palabra divina...

(Consejo de un eremita: Mis padres me han dejado una herencia, ¿qué hago con ella? Respondió el anciano: ¿Qué quieres que te diga?... Si te digo: «Dásela a tus parientes», no tendrás recompensa alguna. Si quieres oírme, dásela a los necesitados y te librarás de inquietudes).

6. Alégrate en la tribulación

El horno prueba los vasos del alfarero, y a los hombres justos la tribulación (Éclo. 27,6). Como la plata se prueba en la fragua y el oro en el crisol, así prueba el Señor los corazones con la tribulación (Prov. 17,3).

Las tribulaciones no son castigos para condenarnos, sino medicina para salvarnos... Avisos de la bondad divina son las tribulaciones... Debe alegrarse el cristiano de ser sorprendido por la prueba, mientras vive santamente (San Agustín).

De mayor perfección es sufrir con pacien-

cia las tribulaciones que fatigarse en buenas obras (S. Buenaventura).

Cuando está uno libre del pecado, si Dios nos aflige con tribulaciones es para probar nuestra constancia y mantenernos en el camino del bien y con esto salvarnos (S. J. Crisóstomo).

Las tribulaciones Dios las envía a los pecadores para purificarlos del pecado y a los buenos para fortalecerlos (Id.).

Las tribulaciones en sí mismas consideradas espantan, pero consideradas en la voluntad de Dios, son amables y deliciosas. ¿No podemos hacer oración? Y ¿qué mejor oración que mirar con frecuencia al crucifijo y ofrecerle nuestras penas y sufrimientos uniendo lo poco que padecemos a la inmensidad de los dolores que padeció Jesucristo en la cruz? (S. F. de Sales).

No es gran desgracia la tribulación; gravísima es no corregirnos con los males que nos afligen (S. Greg. Naz.).

Gran consuelo en la tribulación es pensar en los beneficios que hemos recibido de Dios (S. Greg. Magno).

Desdicha es no conocer la adversidad; dichoso es quien se conoce por ella y sabe luchar (S. Jerónimo).

Jesús, que no había cometido el menor pecado, fue crucificado por ti; y tú ¿no serás capaz de abrazarte con la cruz por quien se dejó crucificar por ti? (S. Cirilo de Jerusalén).

Jesús nos dice: En el mundo tendréis grandes tribulaciones, pero tened confianza, Yo he vencido al mundo (Jn. 16,23). Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos (Hech. 14,21).

La tribulación es como una lima de hierro, que cuanto es más áspera, tanto más limpia el orín de los vicios (P. Granada).

Las calamidades que nos oprimen nos fuerzan a ir a Dios (S. Greg. Magno).

En la aflicción los malos odian a Dios y blasfeman contra Él; los buenos, en cambio, oran y le alaban (S. Agustín).

Lo momentáneo y ligero de nuestra tribulación nos proporciona un superabundante e incalculable peso eterno de gloria (2 Cor. 4,17).

Los padecimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Rom. 8,18).

7. Ama la cruz y las pruebas de la vida

Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame (Mc. 8,34).

(Por la cruz de Cristo hemos de abrazar la nuestra. Hemos de amar primeramente la cruz de Cristo: la material que Él llevó a cuestas y en la que murió y padeció por nosotros, y también hemos de amar *nuestra cruz*, que no es material como la de nuestro Redentor, sino moral, que abarca las tribulaciones y sufrimientos que nos tiene preparados la vida: enfermedades, reveses de fortuna, injusticias, contratiempos, lucha contra las tres concupiscencias, esfuerzo por lograr la perfección).

La cruz corporal es patrimonio de buenos y malos, la espiritual únicamente de los buenos... Hasta la pasión de Cristo la cruz fue suplicio de los delincuentes, ahora es trofeo de victoria y gala de la Iglesia (S. Buenaventura).

La cruz es oprobio para el perverso; mas

para el alma fiel es gracia, redención y resurrección (S. Ambrosio).

Grábese por completo en el corazón el que por nosotros fue clavado en la cruz (S. Agustín).

El que comienza a andar por el camino de la virtud movido del temor, sostiene pacientemente la cruz de Cristo; el que adelanta en la esperanza, la lleva gustosamente; y el que es consumado en la caridad, la abraza ya ardentemente (San Bernardo).

Los que pertenecen a Jesucristo han crucificado sus cuerpos con sus vicios y concupiscencias; y es indigno de Cristo quien no toma su cruz para seguirle, la cruz con que nos unimos a Él en sus sufrimientos, muerte, sepultura y resurrección, la cruz con que alcanzamos la victoria de la nueva vida (S. Jerónimo).

Corto es el tiempo del sufrimiento, pero eterna la corona que con él se logra (S. Ambrosio). *«Las aflicciones tan breves de la vida presente, nos proporcionan un incalculable caudal eterno de gloria»* (2 Cor. 4,17).

El que anda por el camino recto y teme a Dios, es despreciado por el que anda por sen-

das tortuosas (Prov. 14,2). Siempre han perseguido los malos a los buenos (S. Agustín).

En el horno se prueban los vasos del alfarero, y en su conversación y tribulaciones los hombres justos (Eclo. 27,6).

Quien no es tentado no es probado, y quien no pasa por la prueba, no adelanta (S. Agustín).

Esta es la diferencia que existe entre nosotros y los que no conocen a Dios: ellos se agitan y se quejan en la adversidad: a nosotros no nos apartan de la virtud y de la fe las tribulaciones, antes bien nos robustecen (S. Cipriano).

Al timonel le prueba la tempestad, al luchador la arena, al soldado el combate, al magnánimo la desdicha, al cristiano la tribulación (S. Basilio).

8. Señor, sálvanos, que perecemos

Cuando subió a la barca, le siguieron sus discípulos, y de pronto se alborotó grandemente el mar tanto que las olas cubrían la barca; mas Él estaba entretanto durmiendo. Y acer-

cándose le despertaron diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! Él les dijo: ¿por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?

Entonces se levantó e increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran bonanza. Los hombres se maravillaron y decían: ¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen? (Mt. 8,23-27).

(Muchos Santos Padres han visto en esta tempestad del lago de Tiberíades, simbolizadas las de la Iglesia, porque se ven oleajes adversos, vientos contrarios, opiniones opuestas en el campo del dogma y de la moral... También las tempestades del alma, olas de concupiscencia, vientos fuertes de la tentación... Ante estas tempestades hemos de avivar nuestra fe y confiar en Dios, sentiremos nuestra flaqueza y también el poder de Dios, que las permite con fines altísimos...).

El Señor permitió la tempestad del lago para enseñar a los apóstoles cómo han de portarse en las tempestades de la vida (S. J. Crisóstomo).

En la vida presente no podemos jamás tener seguridad completa, porque estamos en el mar... El cielo está nublado; nada se ve sino a la luz de los relámpagos, es decir, de las pasio-

nes; siéntese la atracción a la luz de los escollos, donde está la muerte... Todas las tentaciones se calmarán o serán impotentes contra nosotros, si Cristo, es decir, vuestra fe está bien despierta en el corazón (S. Agustín).

Los que hemos recibido la fe, entramos en la barca... Hay momentos en que Jesús parece dormir; lo parece cuando en los ataques del demonio o de los perversos, se oscurece el brillo de la fe y no sentimos gusto en los bienes del cielo (San Veda, el Ven).

El mayor suplicio del alma es creer que Dios la odia, la abandona y la arroja por eso en las tinieblas (S. Juan de la Cruz. Noche oscura).

El estado del hombre es muy variable. Ahora, humillado; luego, exaltado. Tan pronto en paz como en persecución. Hoy iluminado y mañana sumido en densas tinieblas... Estemos preparados para todos los acontecimientos (S. Vic. de Paúl).

Sólo Jesús en la tempestad descansaba tranquilo, mientras los otros estaban llenos de pánico (S. Ambrosio). (Si Jesús está con nosotros ¿quién contra nosotros?)...

9. No juzgues a la ligera...

Dijo el Señor a Samuel: *No tengas en cuenta su buena presencia ni su gran estatura, que yo lo he descartado. No ve Dios como el hombre; el hombre ve la figura (lo exterior), pero el Señor mira al corazón* (1 Sam. 16,7).

Así brille vuestra luz ante los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y alaben a vuestro Padre que está en los cielos (Mt. 5,16). *Guardaos de practicar vuestras buenas obras delante de los hombres, para que os vean, porque, si no, no recibiréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos* (Mt. 6,1).

No juzguéis por las sospechas; no juzguéis antes de estar seguros si lo que refieren es real (S. Greg. Magno). (No hemos de juzgar a nadie sin indagar antes el hecho y ver las pruebas... y sin haber oído las dos partes).

El insensato que sigue un camino, por lo mismo de ser insensato, cree que todos los hombres lo son (Ecl. 10,3). (Seamos prudentes en nuestros juicios. No juzguemos por sospechas y a la ligera).

Buena es la intención que se dirige a Dios,

mala la que busca lucro o vanagloria (S. Isidoro).

La mala intención echa a perder una obra buena; la buena intención no basta para salvar un acto malo (S. Bernardo).

Las buenas obras del hombre son golpes y heridas para el demonio (S. J. Crisóstomo).

10. La lectura de la Biblia

Examinad bien las Escrituras, ya que vosotros creéis tener en ellas la vida eterna, pues ellas son las que dan testimonio de Mí (Jn. 5,39). Conviene que se cumpla cuanto está escrito de Mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos (Lc. 24,44).

La Biblia es la palabra de Dios escrita (Conc. Trento), una carta de Dios omnipotente a su criatura (S. Greg. Magno).

Cuando lees la Biblia, te habla Dios... El que quiera estar siempre con Dios debe orar y leer, porque cuando oramos hablamos con Dios, y cuando leemos, habla Dios con nosotros (S. Agustín).

Todo cuanto está escrito (en la Biblia) para nuestra enseñanza fue escrito (Rom. 15,4). Toda la Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto y bien preparado para toda obra buena (2 Tim. 3,16-17).

La lectura de las Sagradas Escrituras es la puerta del cielo... Las flores exhalan un perfume tanto más fuerte cuanto más se exprimen entre los dedos; y lo mismo ocurre con la frecuentación de las Escrituras. A medida que nos van siendo familiares se va revelando mejor el tesoro que ocultan y se hace más asequible el fruto de sus inefables riquezas (S. J. Crisóstomo).

El hombre que tiene temor de Dios busca con cuidado su voluntad en las Santas Escrituras... Quien quiera penetrar en las profundidades de los oráculos divinos, debe esforzarse constantemente en no alejarse del pensamiento del autor de quien se ha servido el Espíritu Santo (S. Agustín).

De aquella ciudad hacia la cual peregrinamos nos llegaron cartas: son las Escrituras que nos exhortan a vivir bien... Una generación se va y otra generación viene, y así pasan los si-

glos sucediéndose unos mortales a otros; la Escritura de Dios tenía que permanecer, como autógrafo de Dios, que puedan leer los transeúntes y mantenerse en el camino de su promesa... Bendecimos a Dios que nos dio las Sagradas Escrituras. En el esplendor de esta luz no queráis ser ciegos (S. Agustín).

Leer las Escrituras es un poderoso preservativo contra el pecado (S. J. Crisóstomo). Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne (S. Jerónimo).

El Concilio Vaticano II exhorta a todos a leer con frecuencia las divinas Escrituras, porque su lectura nutre y alimenta la fe de todos los cristianos (DV. 25)... «Leed con frecuencia las Escrituras; aún más, no dejéis nunca de la mano su lectura...» (S. Jerónimo).

Advertencia: La primera y principal lectura ha de ser la de los libros Santos, o sea, la de la Santa Biblia, sin desecharla la lectura de la vida de los Santos, porque, como dice San Jerónimo, «la vida de los santos es la mejor interpretación de las Sagradas Escrituras». Además te aprovechará la lectura espiritual si la consideras como un espejo, en que el alma contempla su imagen, para corregir los defectos y adornarse de virtudes.

Tengamos presente que la norma de nuestra fe es la Biblia interpretada por el Magisterio de la Iglesia.

Bienaventurado el varón que tiene su complacencia en la Ley del Señor y en ella medita día y noche (Sal. 1,1).

11. Ama la soledad

Ama la soledad, que es como madre de la oración y de la pureza; en ella dedícate todos los días a lecturas santas y al examen de tu espíritu... Huye de los hombres y del ruido del mundo, porque no puedes satisfacer a Dios y a los hombres (S. Buenaventura).

Porque así dice el Señor Dios, el Santo de Israel: En la conversión y en la quietud está vuestra salvación, y la quietud y la confianza serán vuestra fuerza (Is. 30,15).

Evita las profanas y vanas parlerías, que conducen a una mayor impiedad (2 Tim. 2,16).

En el silencio y el recogimiento el alma hace progresos (Kempis).

Mejor es vivir en el corazón del desierto que entre los vicios de los hombres (S. Jerónimo).

El que vive en soledad, se libra de tres guerras, es a saber, de la guerra que nos hacen la vista, el oído y la lengua (S. Efrén).

Es necesario aislar el alma para ver a Dios... Difícil es en medio de las turbas ver a Cristo; el espíritu necesita la calma del recogimiento (S. Agustín).

Huye del mundo que sólo esparce tinieblas; busca la luz en el retiro... Cuando el alma está vacía de intereses humanos, llama al Espíritu Santo (S. Pedro Damiano).

Tratar con las gentes más de lo que puramente es necesario y la razón pide, a ninguno, por santo que fuese, le fue bien (S. Juan de la Cruz).

El vivir lejos del mundanal ruido y desligado de bajos deseos, estimula el ansia de alternar todos los días con los coros angélicos, de remontarse por encima de las cosas presentes, y llegar cuanto antes a participar de la gloria perenne de la Santísima Trinidad (Card. Gomá).

Vivir quiero conmigo, / gozar quiero del bien que debo al cielo, / a solas sin testigo, / li-

bre de amor, de celo, / de odio, de esperanza,
de recelo (Fr. Luis de León).

Jesús, después de un constante trabajo apostólico, quiere que sus apóstoles se retiren a la soledad a descansar y orar, y les dice: *»Venid vosotros aparte a un lugar desierto y reposad un poco. Pues eran tantos los que iban y venían, que ni para comer tenían tiempo»* (Mc. 6,31).

El Papa Pío XI en su encíclica «Mens nostra» exhorta a que se hagan los ejercicios espirituales de San Ignacio, que son unos días de retiro, porque el que los hace se retira de las ocupaciones del mundo para pensar en el negocio principal. «Ellos, dice, son el remedio de los tiempos presentes, dada la gravísima enfermedad de la edad moderna: la disipación continua, la insaciable codicia de las riquezas y placeres, que debilita y enreda en las cosas terrenas y transitorias, que no le deja elevarse a la consideración de las verdades eternas. Ellos son el remedio de los tiempos presentes» (El hombre tiene que pensar en su origen y en su fin, de donde viene, a donde va y para qué está en este mundo...).

12. Camina bajo la mirada de Dios

Siendo Abraham de noventa y nueve años, se le apareció el Señor y le dijo: Yo soy el Dios omnipotente, camina en mi presencia, y se perfecto (Gén. 17,1).

Los ojos del Señor contemplan toda la tierra (2 Cr. 16), están en todas partes, observando a los buenos y a los malos (Prov. 15,3).

Todos los días de tu vida ten presente a Dios; y guárdate y no consientas jamás el pecado, observa sus mandamientos... y no sigas los caminos de la iniquidad (Tob. 4,5).

Dios no está lejos de nosotros, porque en Él vivimos, nos movemos y existimos (Hech. 17,27-28).

La presencia de Dios es un remedio contra todos los males (San Basilio).

Pecad donde estéis seguros que no está Dios. ¡Ah! ningún lugar hay fuera de este Ser infinito... Está en la presencia de Dios quien le ama (S. Bernardo).

Cualquier cosa que hicieres, piensa en la

presencia de Dios, porque, presente en todas partes, ve siempre lo que haces (Id.).

¡Oh Dios...! no se te oculta nada de mi ser..., te das cuenta de todos mis pensamientos... ¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? ¿A dónde huir de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás Tú; si bajare a los abismos, allí estás presente...(Sal. 139).

Dice el Señor: ¿Soy por ventura Dios sólo de cerca? ¿No lo soy también de lejos? Por mucho que uno se oculte en escondrijos, ¿no lo veré Yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra? (Jer. 23,23-24).

Piensa siempre en la presencia de Dios (S. Jerónimo). Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos (Santo Tomás de Aquino).

Si vemos constantemente a Dios con los ojos del alma, si recordamos siempre su presencia, todo nos parecerá fácil, todo nos será llevadero, todo lo sufriremos y a todo seremos superiores (S. J. Crisóstomo).

Para ponerte en la presencia de Dios, piensa que no solamente está Él en el lugar donde te hallas, sino también de un modo muy parti-

cular en tu corazón y en lo interior de tu espíritu, al cual vivifica y anima con su divina presencia (S. Fco. de Sales).

Si quieres ser santo, ponte con frecuencia en la presencia de Dios, sumérgete en actos de fe, de esperanza, de amor, de alabanza, de adoración y acción de gracias. Cuando el pensamiento de ti mismo y de tus miserias resurge, ponte de nuevo en la presencia de Dios con actos de humildad, de contrición, de entrega, y di en tu interior cuánto te pesan tus faltas, como quisieras ser mejor (Mons. Alban Goodier, Arzob. de Bombay).

Todas las cosas están patentes y manifestadas a los ojos de Dios (Heb. 5,13).

13. Si eres cristiano, sigue a Cristo, imítale

¿Qué es seguir a Cristo sino imitarle? Pues cada uno le sigue en aquello que lo imita... Dios se hizo hombre, para que imitando el ejemplo de un hombre, lo cual es cosa posible podías llegar a Dios, lo que antes era imposible... Jesucristo nos dejó su camino muy estrecho; pero cualquier otro camino es resbaladizo y peligroso (San Agustín).

Jesús dijo a sus discípulos: *El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (mt. 16,24).

¿Por qué te llamas falsamente cristiano, si no imitas a Cristo?... Seguir a Cristo en su Pasión y muerte es la más perfecta y elevada imitación de Cristo (S. Buenaventura).

En vano nos llamamos cristianos, si no imitamos a Cristo (S. León Magno).

Se hizo hombre como nosotros, para que nosotros pudiésemos ser participantes de la divina naturaleza (Ib.).

Cristo tomó su carne de la carne de María, con esa carne pasó por la tierra; y la misma carne nos la da como manjar de salud (S. Agustín).

¿Cómo podéis permanecer incrédulos después de tantas pruebas del poder de Jesucristo? Las profecías previnieron tantos siglos antes su venida (de nadie se ha escrito la vida antes de nacer, nada más que de Jesucristo). Ocho siglos antes el profeta Isaías, dijo que nacería de una Virgen y a su vez anunció su pasión, otro profeta, Miqueas, dijo que nacería en Belén de Judá, y Zacarías anunció su entrada triunfal en

Jerusalén el domingo de Ramos en un borriquito...), y claramente estáis viendo tan exactamente cumplidos los sucesos profetizados. (Todo nos demuestra que Jesucristo es Dios y nuestro Salvador) (S. J. Crisóstomo).

Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1,15). Teniendo delante de los ojos el infinito precio de nuestra redención, la muerte del Salvador quiero decir, y la sangre que derramó por el perdón de nuestros pecados; teniendo también a la vista el ejemplo del Buen Ladrón y de otros grandes pecadores, cargados de muchas y enormes culpas, a los que Jesucristo, fuente de las gracias, recibió en santa santidad, por su grande misericordia, no desesperemos de conseguir el mismo favor; antes bien, con la seguridad del perdón de los pecados, recurramos con entera confianza a la fuente de la Divina misericordia, en cuyo seno sabemos, y estamos viendo cada día, que han sido recibidos y justificados tantos y tan grandes pecadores (San Anselmo).

Sólo Jesucristo es para nosotros todas las cosas. Si estás herido, es tu médico; si te abrasa la ardiente calentura, Él es la fuente; si estás oprimido, con el peso de la iniquidad Él es la justificación; si necesitas auxilios, Él será tu protector; si temes la muerte, Él es la vida; si

deseas ir al cielo, Él es el camino; si huyes de las tinieblas, Él es la luz; si necesitas comer, Él es el alimento. Gustad, pues, y ved cuán suave es el Señor. ¡Dichoso el hombre que espera en Él! (San Ambrosio).

Solamente cuando se vive para Jesucristo y se sirve a Él sólo, es el hombre libre y está desprendido de los cuidados e impedimentos del mundo (San J. Crisóstomo). (Para conocer bien a Jesucristo se impone leer con frecuencia los Santos Evangelios donde tenemos su vida, su doctrina y sus milagros...).

14. ¿Cómo hemos de obrar?

Hemos de obrar con espíritu de fe, de caridad y de piedad en conformidad con la voluntad de Dios. «Caminando por la fe, poniendo en Dios vuestra alegría, practicando las buenas obras, y procurando purificarnos continuamente de las faltas leves con el ayuno, oración y limosnas, y diciendo todos los días con sinceridad de corazón: perdónanos nuestras ofensas, caminad con seguridad, por el camino recto, avanzad con alegría y no temáis la venida de vuestro Juez» (San Agustín).

La fe devota vive, como el pez, entre el

oleaje sin morir ni quebrarse; vive entre las tentaciones y tempestades del mundo, pero se mantiene íntegra... Más brilla la fe que el oro; éste no brilla en la oscuridad, aquella da esplendor al alma (S. Agustín).

La fe es el fundamento estable de todas las virtudes (S. Ambrosio). En la tribulación se revela la calidad de la fe: si desfallece, tenla por ficticia; si se mantiene, considérala probada y perfecta (S. Buenaventura).

Enseñándonos (la gracia salutífera de Dios) que renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo (Tit. 2,12).

Es gran negocio la piedad si uno se contenta con lo que tiene. Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él. Teniendo con que alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos con eso contentos (1 Tim. 6,6-7).

Cualquiera puede trazar la señal de la cruz, cualquiera puede decir Amén, hacerse bautizar e ir a la Iglesia. Lo que distingue a los hijos de Dios de los hijos del diablo es únicamente el amor (S. Agustín).

La caridad es la mayor de todas las virtu-

des; porque el que ama, cree también y espera. En cambio, el que no ama, por muchas obras buenas que haga, trabaja en vano (San Isidoro).

La doctrina cristiana nos propone claramente las verdades que Dios quiere que creamos, los bienes que quiere que esperemos, las penas que quiere que temamos, lo que quiere que amemos, los mandamientos que quiere que cumplamos, y los consejos que desea que sigamos. Y todo esto se llama voluntad significada de Dios, porque nos ha significado y manifestado que quiere y desea que todo ello sea creído, esperado, temido, amado y practicado» (S. F. de Sales). La santidad no es otra cosa que conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios.

El que muere enteramente resignado a la voluntad de Dios, deja a los demás una certeza moral de su salvación... ¡Oh! ¡cuánto valor tiene un acto de perfecta resignación a la voluntad de Dios! Bastaría él solo para hacer de un pecador un santo (S. Alfonso M.^a de Liguorio). *Señor, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo* (Mt. 6,10).

No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo (Mt.

7,21). *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos (Jn. 14,15).*

Brille así vuestra luz ante los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y alaben a vuestro Padre que está en el cielo (Mt. 5,16).

Si yo no quiero otra cosa que agua pura, ¿qué me importa que me la sirvan en vaso de oro o en vaso de cristal, pues al fin no beberé sino agua?... ¿Qué me importa que la voluntad de Dios me sea presentada en la tribulación o en la consolación?, pues en la una y en la otra no quiero sino la voluntad divinas (S. F. de Sales).

Una voluntad resignada en la voluntad de Dios no debe tener ningún querer, sino tan sólo el de Dios (Id.).

No hay cosa más agradable a Dios, ni de que Él tenga más cuidado que la salvación de las almas (S. J. Crisóstomo).

15. Ordena tu amor

Amemos a Dios porque Él nos amó primero (1 Jn. 4,19). Nosotros existimos porque Dios es bueno y nos ama (S. Agustín).

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento (Dt. 6,5). Este es el mayor y primer mandamiento. Semejante a éste es el segundo: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lev. 19,18). De estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas (Mt. 22,37-40).

Con todas tus fuerzas ama a tu Hacedor (Eclo. 7,32). El que ama al padre o a la madre más que a Mí..., no es digno de Mí (Mt. 19,37-38). (Debemos amar a Dios más que a todas las cosas, porque Él es el creador de todas ellas).

Lo que no quieras para ti, no lo hagas a nadie (Tob. 4,15). Todo, pues, cuanto queráis que hagan con vosotros los hombres, hacédselo también vosotros a ellos, porque ésta es la Ley y los Profetas (Mt. 7,12).

El amor del hombre a sí mismo es como el modelo del amor que se tiene a otros; y el ejemplar es superior a la copia (Santo Tomás). No hay uno solo que no se ame a sí mismo; y el que vino a rescatar nuestras almas, nos dijo que para salvar el alma sacrificáramos todo lo demás (S. Agustín).

Cada uno es lo que es su amor. ¿Amas la

tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? Serás Dios... Amando a Dios, asciendes; amando al siglo, te hundes... Todo amor o sube o baja; con el buen amor subimos a Dios, con el mal amor caemos en el despeñadero... El amor del mundo contamina; el amor al autor del mundo purifica el alma... Antes que existieras Dios pensó en ti; pues si no pensara en ti, no hubieras existido, y ahora que existes no se olvida de ti (S. Agustín).

El que tuviere bienes de este mundo y viendo, a su hermano en la necesidad, le cierra las entrañas, ¿cómo la caridad de Dios permanece en él? Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad (1 Jn. 3,17).

Si alguno dijere: «Amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve. Y nosotros tenemos de Él este precepto: quien ama a Dios ame también a su hermano (1 Jn. 4,20-21).

Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman,

¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? (Mt. 5,44-46).

El amor sea sin hipocresía; odiando el mal, aplicándoos al bien; amándoos los unos a los otros con amor fraterno; adelantaos para estimaros mutuamente... Bendecid a los que os persiguen... A nadie paguéis mal por mal... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que si haces esto, amontonarás tizones encendidos sobre su cabeza (pues el amontonamiento de beneficios obligará al enemigo a dolerse y arrepentirse de sus malas obras). No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence al mal con el bien (Rom. 12,9 ss).

Pequeño es quien ama las cosas terrenales; grande el que anhela los bienes eternos (S. Greg. M.). Los que renunciaron al mundo nada tienen de común con él; y se mantienen ecuanímes y constantes sin que les importe ocupar el primer puesto o el último (S. Efrén).

16. Persevera en el bien

La perseverancia es la virtud por la cual nos mantenemos en la práctica las obras buenas, duren cuanto duraren (Santo Tomás).

El que perseverase hasta el fin, se salvará (Mt. 24,13). Se fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida (Apoc. 2,10).

Ved como el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta recibir la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca (Sant. 5,7-8).

¿Quién es el que persevera? «Persevera aquel que no abandona el bien ni flaquea por amor a la vida, por temor de la muerte, por amenazas o por promesas (S. Alberto M.).

En vano corre veloz quien se queda parado antes de llegar a la meta (San Buenaventura).

Una piedra cuadrada no se bambolea, por más que se la mueva de cualquier lado; sed, pues, como aquella piedra, estad prontos a sostener todas las tentaciones y por más esfuerzos que se hagan para derribos, mostrad firmeza en la perseverancia. Que toda clase de ataques os halle inquebrantables (San Agustín).

Bienaventurados los que, no contentándose con lo que han hecho, cada día se renuevan y adelantan como el apóstol; porque la justicia

cesa para el justo el día en que se detiene en el camino. Comenzar no basta, es preciso concluir (San Jerónimo).

Si el combate os llama, si ha llegado el día de manifestaros buenos, combatid con perseverancia, sabiendo que combatís ante la vista del Señor: que aprecia vuestros generosos esfuerzos (S. Cipriano).

Perseverad para ser coronados (S. J. Crisóstomo). No hay bien que se corone sin la perseverancia (S. Buenaventura).

Jamás dice el justo: «Ya basta», sino que siempre tiene hambre y sed de justicia, de tal manera que, si viviese siempre, siempre se esforzaría por llegar, en cuanto de él dependiera, a ser más justo todavía, procurando pasar del bien al bien mayor, pues no se compromete a servir a Dios por un tiempo determinado, como un mercenario, sino por toda la eternidad (San Bernardo).

Perseverad en la oración velando durante ella y con acción de gracias (Col. 4,2).

17. Sufre con paciencia y alegría

(El sufrimiento es inevitable. El mundo lleva el calificativo de «valle de lágrimas»). El tema del sufrimiento es un tema universal, que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía» (Juan Pablo II).

Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado «el dolor» y la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres porque todos pecaron «en Adán» (Rom. 5,12).

El que soporta con paciencia todos los sufrimientos y tribulaciones que Dios le envía, ya ha recibido suficiente materia para satisfacer por sus pecados y para alcanzar mérito. pero el que pasa estos sufrimientos sólo de mala gana y con repugnancia, pierden sus obras todo el valor de satisfacción, y más bien ha de soportar la mano de Dios punitiva y vengadora que da el pago de los pecados con justo juicio (Cat. Rom. 2,5,71).

Mejor que el fuerte es el paciente, y el que sabe dominarse vale más que un conquistador de ciudades (Prov. 16,32).

Más debemos estimar la paciencia que todo cuanto el enemigo puede arrebatarnos... El im-

paciente que se resiste a sufrir un mal, no lo sacude, sino que lo agrava (S. Agustín).

De mayor perfección es sufrir con paciencia las tribulaciones que fatigarse en buenas obras (S. Buenaventura).

No se ejercita la paciencia en la prosperidad; y el que, abatido por la adversidad, no pierde la esperanza, este tal es paciente (S. Greg. M.).

Si sufrís con paciencia las pruebas haciendo el bien, es una gracia ante Dios. A esto habéis sido llamados porque Cristo ha sufrido por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus pasos (1 Ped. 2,20-21).

El Señor pacientemente os aguarda, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia (2 Ped. 3,9).

Se necesita más fuerza para sufrir con paciencia las adversidades, que para hacer acciones brillantes (Santo Tomás).

Dais prueba de gran virtud si no respondéis a una ofensa con otra ofensa; manifestáis una gran fuerza de alma si perdonáis al ser ofendidos; y adquirís una gran gloria si perdonáis a

un enemigo a quien pudiérais dañar (San Isidoro).

La venganza es fruto de la ira (Tertuliano). No vengarse es ser semejante a Dios (S. J. Crisóstomo).

Cuando nos vemos separados de la compañía de nuestros hermanos y arrojados de la casa de Dios en castigo de alguna culpa, no debemos resistir, sino sufrir con paciencia el juicio que se ha hecho de nosotros, diciendo con un profeta: *Yo padeceré el efecto de la ira de Dios, pues pequé contra Él; hasta tanto que el Señor quiera justificarme* (San Jerónimo).

Lleva con paciencia lo que en ti mismo o en otros no puedes enmendar (Kempis).

Donde hay paciencia, allí reina la alegría... Cuando un alma se siente en el camino recto, está henchida de alegría, como si hubiera recibido una infusión espiritual (San Ambrosio).

La alegría en Dios es la única que no se nos puede arrebatarse; todas las demás alegrías son variables y pasajeras; pero el que se alegra en Dios, se adhiere al mismo principio de todo deleite puro, al manantial de la verdadera alegría... De las tentaciones, de las aflicciones, de

la pobreza, de la tristeza brota la alegría verdadera (S. J. Crisóstomo).

Los justos se alegran en el Señor; los malos no saben alegrarse sino en las cosas del mundo (S. Agustín).

Vivid siempre alegres... Alegraos siempre en el Señor, os lo repito, vivid alegres (Fil. 4,4). *Servid al Señor con alegría* (Sal. 100,1). La alegría alarga la vida de los hombres (Eclo. 20,33).

Ánimate y alegra tu corazón, echa lejos de ti la tristeza, porque a muchos mató la tristeza y no hay utilidad en ella (Eclo. 30,24-25).

La tristeza es para el corazón lo que la polilla para el vestido y el gusano para la madera. (Prov. 25,20).

El corazón del sabio está en la casa en luto, el corazón del necio está en la casa del placer (Ecl. 7,4).

(La verdadera alegría no te vendrá de fuera, o sea, de cines, bailes u otras diversiones profanas, sino que te saldrá de dentro, de tu alma, si vives en gracia). Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría (Kempis).

Porque allí abunda más alegría y consuelo, donde la gracia ha sido derramada a manos llenas, y Dios mismo se ha dignado visitar con mayor frecuencia (Kempis).

La verdadera alegría es el Creador; justo es, por tanto, que no encuentre sino tristeza quien abandona al Creador para buscar en sí mismo el gozo (S. Greg. Magno).

(Los santos se alegran en el sufrimiento). *Estoy lleno de consuelo y reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones (2 Cor. 7,4). Bienaventurados los que sufren... Alegraos y regocijaos porque grande será en el cielo vuestra recompensa (Mt. 5,12).*

Si padecemos juntamente con Cristo, con Él seremos glorificados eternamente (Rom. 8,17), pues por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso de gloria incalculable (2 Cor. 4,17).

(Santa Teresa del Niño Jesús, dijo en una de sus apariciones a la estigmatizada Teresa Neumann: «Más almas se salvan por el dolor que con los más brillantes sermones»).

18. Aprendamos a ser mansos y humildes

Jesús nos dice: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es bueno y mi carga ligera* (Mt. 11,29-30).

No dice el Señor: Tomad mi yugo y aprended de Mí, porque resucito a los muertos de cuatro días, y expulso de los cuerpos de los hombres todos los demonios, y curo las enfermedades y otras cosas de este tenor, sino: *Tomad mi yugo y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón* (S. Agustín).

Verdaderamente manso es aquel que no se rebela contra las injurias, ni muestra amargura interior que siente (S. Alberto Magno).

Ninguna pasión turba al hombre manso, el cual triunfa especialmente de la ira y del furor... Nada hay más sublime que la humildad ante Dios (S. Jerónimo).

Lo que reblandece a las almas, no es la cólera, ni la injuria, sino la dulzura; la cólera aumenta el mal, la mansedumbre lo suprime... Más poder tiene en los corazones la mansedumbre que la severidad... Discípulos de Cristo seremos, si somos mansos (S. J. Crisóstomo).

La mansedumbre reprime todo deseo de venganza, y se abstiene de tomar la justicia por su mano; su propósito es no herir jamás —mientras sea posible— a quien quiera que sea (S. Agustín).

¿Qué es la humildad? Humildad es el conocimiento claro de lo que somos sin añadir ni quitar nada (Balmes). Humildad es andar en la verdad (Santa Teresa), y la verdad es que no tenemos nada. ¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? (1 Cor. 4,7).

Dos cosas podemos considerar en el hombre: lo que tiene de Dios y lo que tiene de sí mismo. Suyo es lo defectuoso; de Dios es cuanto pertenece a la salud y a la perfección (Santo Tomás).

¿Quieres ser grande? Comienza por ser pequeño. ¿Quieres levantar un edificio que llegue hasta el cielo? Piensa primeramente en poner el fundamento de la humildad (San Agustín).

No te tengas por sabio, teme a Dios y evita el mal (Prov. 3,7). El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado (Lc. 14,11).

La soberbia trae al hombre la humillación,

pero el de humilde corazón es ensalzado (Prov. 29,23).

Muchos tienen la apariencia de la humildad, pero no la virtud (S. Ambrosio).

La humildad verdadera y perfecta rechaza la gloria que se le ofrece y no busca la que no tiene... El verdadero humilde siempre teme la gloria, y cuando ella se presenta, él se entristece abrumado (S. Alberto Mag.).

Si me preguntáis cuál es el camino que conduce al conocimiento de la verdad, qué cosa es lo más esencial en la religión de Jesucristo, os responderé: Lo primero es la humildad, lo segundo es la humildad y lo tercero es la humildad, y cada vez que me hagáis la misma pregunta, os daré la misma respuesta (San Agustín).

Delante de la Sabiduría infinita vale más un acto de humildad que toda la ciencia del mundo (Santa Teresa de Jesús).

El que se conoce bien tiene humildes sentimientos de sí mismo, y no se alegra de las alabanzas de los hombres, no se cree mejor que los demás... El humilde goza de una paz inalterable, en cambio, la emulación y la ira anidan

a menudo en el corazón del soberbio (Kem-pis).

Toda tu humildad consiste en que te conozcas a ti mismo... (S. Agustín). «Conócete a ti mismo». (El muy conocido desea estar incógnito, y el desconocido está triste de ser desconocido).

(Yo no me puedo comparar con otros, porque todos somos átomos de la nada: «*Todas las naciones de la tierra son como una gota de agua... como un polvillo en la balanza...*» (Is. 40,25-28). Y si esto es el mundo delante de Dios, ¿qué seré yo?.

Los verdaderos humildes han de seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz para merecer luego ser compañeros de gloria (LG. 41).

La soberbia hace su propia voluntad, la humildad hace la voluntad de Dios (San Agustín).

¿Qué es la humildad? Hacer bien al que te hace mal. Y si el hombre no llega a tanto ¿qué hará? Huya y escoja el silencio. Tu humildad es el silencio (P. del Yermo).

(La humildad no consiste en palabras humildes, dichas sin sentir lo que ellas expresan, ni en un exterior modesto, que oculta un alma que se estima y quiere captarse la estimación de los demás).

19. Obra con prudencia y discreción

Nada hay mejor, ni más dulce, ni más suave que la prudencia... Llámase prudente al que ve lejos; es perspicaz y prevé las vicisitudes del porvenir incierto (San Isidoro).

El prudente ve venir el mal, y es precavido; el necio pasa adelante y sufre el daño (Prov. 22,3).

Mira bien donde pones el pie, y sean rectos todos tus caminos (Id. 4,26).

En todos tus caminos piensa en Dios, y Él allanará todas tus sendas. No te tengas por sabio, teme a Dios y evita el mal (Prov. 3,6-7).

Habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas (Mt. 10,16). Quien no junta la prudencia con la sencillez... es una paloma engañada por simple; y no tiene corazón porque desconoce la prudencia (S. Isidoro).

Así como el arte consiste en ordenar las obras, la prudencia consiste en ordenar los actos (Santo Tomás). La prudencia lleva la rinda de todas las virtudes (S. Buenaventura).

Todo varón prudente obra con reflexión, el necio derrama su locura (Prov. 13,16). Ya el carecer de reflexión no es cosa buena, pero el que además es precipitado en su obrar, la yerra (Id. 19,2).

No hagas nada sin consejo, y después de hecho no tendrás que arrepentirte (Eclo. 32,23).

Tanta debe ser la discreción de los santos, que por estar dotados de razón discernan entre lo bueno y lo malo para no ser engañados por el diablo falaz con buenas apariencias. Que está es la pregunta de Josué: ¿eres de los nuestros? ¿o eres de los enemigos? Por lo que a Jeremías se dice también (15,16): «*Si sabes separar lo preciso de lo vil, tu serás como otra boca mía*» (San Isidoro).

La prudencia es discreta en sus promesas y pronta en cumplirlas (S. Agustín).

De la prudencia brotan la discreción, la docilidad y la precaución (S. Buenaventura).

El hombre prudente debe estar en vela y ejercitarse de día y de noche, con la mirada fija en Dios (San Ambrosio).

20. Sed sobrios, vigilad...

Sed sobrios, vigilad. Vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe... (1 Ped. 5,8).

Renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos sobria, justa y religiosamente (Tit. 2,12).

Nosotros, hijos del día y de la luz, seamos sobrios (1 Tes. 5,8). Los excesos en las comidas producen enfermedades, y la ansia produce cólera. Muchos han muerto por la intemperancia, y el hombre sobrio prolonga la vida (Prov. 37,33 s).

Come decentemente lo que te sirvan, y no comas vorazmente e incurras en desprecio... Con poco le basta al hombre bien criado, y así no se siente molesto en su lecho. Sueño tranquilo es el del estómago no cargado; se levantará por la mañana dueño de sí. Dolor, insom-

nio, fatiga y retortijón son la parte del intemperante (Eclo. 31,19-24).

No os embriaguéis de vino, en el cual está la lujuria (Ef. 5,18). (La sobriedad o moderación en el comer y beber es madre de la salud, de la sabiduría y de la santidad. Séneca dijo: «Hay algunos que viven para comer; pero yo como para vivir).

El vino es petulante y los licores alborotadores, el que por ellos va haciendo eses no hará cosa buena (prov. 20,1). (El vino y los licores son enemigos de la sabiduría. «Donde entra el beber, sale fuera el saber»).

La gula es madre de la lujuria... la sobriedad es amiga de la virginidad y enemiga de la carne corrompida, pero la intemperancia reniega de la castidad y alimenta la impureza (San Agustín).

El vino tomado a propósito y con sobriedad restablece el estómago, repara las fuerzas abatidas y da una alegría saludable; pero tomado con poca moderación, se convierte en veneno para el cuerpo y para el alma (S. J. Crisóstomo).

Así como el jinete se sirve de la brida para

guiar el caballo, el espíritu debe guiar la carne con la brida de la templanza (S. Buenaventura).

Lo que se hace con templanza es saludable (S. Isidoro) Todo lo que va ordenado por la templanza agrada a Dios y a los hombres (S. Beda).

Mirad por vosotros mismos, no sea que vuestros corazones se emboten con la glotonería, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, y caiga sobre vosotros de improviso aquel día como un lazo, pues vendrá sobre los habitantes de toda la tierra. Velad y orad en todo tiempo para que podáis escapar de todas estas cosas que han de suceder y comparecer seguros ante el Hijo del hombre (Lc. 21,34-36).

Vigilad, pues, porque no sabéis en qué día vuestro Señor vendrá (Mt. 24,42)... Velad y orad, para que no caigáis en la tentación, porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil (Mt. 26,41).

El hombre prudente debe estar en vela y ejercitarse de día y de noche, con la mirada fija en Dios (S. Ambrosio). El enemigo está en vela, y ¿tú duermes? (San Agustín).

21. ¿Por qué la Iglesia recomienda el ayuno?

Te sirves de ayunos que afligen nuestro cuerpo, para domar nuestras pasiones viciosas, para elevar nuestras almas, para darnos la fortaleza y las recompensas celestiales (Pref. Cuaresma).

Se debe mortificar el cuerpo con ayunos, y especialmente aquellos que instituyó la santa Iglesia... y refrenar los apetitos y antojos de los sentidos (Cat. Rom).

Dice el Señor: Convertíos a Mí de todo corazón con ayunos, con lágrimas y gemidos... Promulgad un santo ayuno (Joel, 2,12 s).

En todos los tiempos y en todos los días de esta vida, los ayunos nos hacen fuertes contra los pecados, vencen las concupiscencias, ahuyentan las tentaciones, doblegan la soberbia, mitigan la ira y conducen a la plena madurez de la virtud todos los impulsos de la buena voluntad, si es que se asocian la benevolencia de la caridad y practican con prudencia las obras de misericordia... Todos los vicios se destruyen por la continencia, y por la fortaleza de esta virtud son vencidos todos los afanes de la avaricia y de la lujuria. Por tanto ¿quién de-

jará de ver cuán eficaz protección nos brinda el ayuno? (San León Magno).

Cuando ayunéis no aparezcáis tristes, como los hipócritas, que demudan su rostro para que los hombres vean que ayunan... Tú, cuando ayunes, úngete la cabeza y lava tu cara para que no vean los hombres que ayunas, sino tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará (Mt. 6,16-18).

El ayuno que me agrada es el día en que se humilla... ¿Sabéis que ayuno quiero Yo?, dice el Señor: Romped las ataduras de iniquidad..., dejad libres a los oprimidos; partid vuestro pan con el hambriento; albergad al pobre sin abrigo... (Is. 58,5-8).

Sirva de refección a los hombres la abstinencia de quien ayuna... En verdad ayunamos si no suprimimos la voluntad inicua; si nos mortificamos privándonos del alimento, y no renunciamos al pecado (S. León Magno).

No os contentéis con que ayune la boca: ayunen también los ojos, los oídos, los pies, las manos y todo vuestro cuerpo (S. J. Crisóstomo).

No os tengáis ya por Santos, por haber em-

pezado a practicar el ayuno y la abstinencia: porque estas virtudes son solamente medios para ayudaros a conseguir la santidad, mas no son la perfección... La abstinencia y la mortificación del cuerpo son excelentes virtudes, cuando al mismo tiempo nos abstenemos de los vicios y pecados (S. Paulino).

Palabras del Papa Pablo VI: El ayuno «desaparecido casi por completo en lo que concierne a los manjares materiales, mas no en lo que afecta a otras prácticas de penitencia, a la oración especialmente y a las obras de la caridad». A este respecto cita estas palabras de Orígenes: «¿Quieres que te diga el ayuno que debes practicar? Ayuna, es decir, abstente de todo pecado; no tomes manjar alguno de maldad; no te concedas ningún banquete de voluptuosidad; no te embriagues con vino alguno de lujuria. Ayuna de las acciones malas; prívate a ti mismo de las malas conversaciones; huye de los pensamientos malvados. No te concedas los panes furtivos de las doctrinas perversas. No desees los falsos manjares ideológicos que te apartan de la verdad. Éste es el ayuno que agrada a Dios», y éste es un ayuno, todavía posible para nosotros, el ayuno que debe conducirnos, purificados y fuertes, a la Pascua».

¿Quieres que tus oraciones vuelen hacia

Dios? Pónles estas dos alas: el ayuno y la limosna (San Agustín). Perfecto y sensato es nuestro ayuno, cuando el hombre exterior ayuna y ora el interior. Con más facilidad penetra la oración en el cielo, si va unida con el ayuno (S. Isidoro).

«Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre» (1 Cor. 9,27). Castigar el cuerpo es mortificarle con el ayuno, y no concederle sino lo necesario para vivir, de modo, que no llegue a darle placer; y entonces se le reduce a servidumbre, cuando no se le permite seguir su voluntad, antes bien se le obliga a hacer la del espíritu (San Ambrosio).

El ayuno hace a los hombres semejantes a los ángeles... purifica el alma, alivia los sentidos, sujeta la carne al espíritu, disipa las nubes de la concupiscencia y enciende la antorcha de la castidad (San Basilio).

No creas que baste el ayuno. El ayuno te castiga a ti, no refriega a los demás. Fructuosas serán tus estrecheces, si comunicas abundancia a los demás. Renuncias a algo; ¿a quién das lo que sustrajiste a ti mismo? ¿dónde pones lo que a ti te negaste? ¡A cuántos pobres se puede saciar con la comida de que nos privamos hoy? (San Agustín).

22. Ante la brevedad de la vida, estemos preparados

El hombre nacido de mujer vive corto tiempo y lleno de miserias, brota como una flor y se marchita, huye como sombra y no tiene permanencia. (Dios) tiene contados sus días y definido el número de sus meses y le ha puesto un término que no podrá traspasar (Job 14,1-5).

¿Qué es la vida? Es humo que aparece un momento y al punto se disipa (Sant. 4,14). ¿No son cortos los días de mi vida? (Job 10,20). Mi vida es un soplo (Id. 7,7).

El hombre pasa como una sombra; en vano anda agitado, amontona sin saber para quien (Sal. 39,7).

Teniendo lo suficiente para comer y vestir, estemos contentos, pues nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él (1 Tim. 6,6-8).

Somos peregrinos y huéspedes sobre la tierra... No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna (Heb. 11,13; 13,14).

El aspecto de este mundo pasa rápidamente (1 Cor. 7,31). Estad preparados porque en la hora que menos pensemos vendrá el Hijo del hombre (Lc. 12,40).

No hay vida que no venga de Dios. Dios es la vida plena, la fuente de la vida... Si amamos la vida busquémosla donde no llega la muerte (S. Agustín).

Hay otra vida después de ésta. Nuestra Patria definitiva es el cielo. Estamos en el camino que conduce a la Patria (S. Gregorio M.).

Nuestra ciudadanía está en el cielo, de donde esperamos un Salvador, el Señor Jesucristo (Fil. 3,20).

La vida es el camino por el cual vamos a la muerte (S. Basilio). Más es muerte que vida la que vivimos; no es sencillamente vida, sino vida mortal (S. Bernardo).

Los días de nuestra vida son setenta años y ochenta en los más fuertes; pero también los años de la robustez son apariencia, una nada, porque pasan aprisa y vuelan (Sal. 90,10) (es decir, lo que se vive más allá de los 80 son achaques y dolores por lo general).

¿De qué nos sirvió nuestra soberbia o la vaida de nuestras riquezas? Pasaron como sombra todas aquellas cosas, y como mensajero que pasa corriendo, o cual nave que surca las aguas del mar, de cuyo paso no es posible hallar huella, o como ave que vuela a través del aire, sin que se encuentre señal de su paso... Así también nosotros, apenas nacidos, dejamos de ser, sin poder mostrar señal alguna de virtud (Sab. 5,8-13).

El hombre no conoce la hora de su muerte, pues así como los peces son capturados en la red y las aves en el lazo, así se enredan los hombres en el tiempo aciago que los sobrecoge de repente (Ecle. 9,12).

Acuérdate que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá (Eclo. 14,12). Dispón de las cosas de tu casa porque vas a morir (Is. 38,1). Velad vosotros, ya que no sabéis el día ni la hora (Mt. 25,13). Como el ladrón de noche, así vendrá el día del Señor (1 Tes. 5,2).

Si hoy no estás preparado, ¿cómo lo estarás mañana? (Kempis). Dios te ha dado la vida para que le honres; tú quieres pasarla en vanidades (S. Crisóstomo).

Deseas vida larga aunque sea mala; procura

que sea buena aunque corta... Vida recta, vida larga... Esta vida mortal es la esperanza de la vida inmortal... De lo que amamos depende el vivir bien o mal (San Agustín).

(Reflexionemos un poco. ¡Se vive una sola vez! y como dice Kempis: «Hoy es el hombre y mañana no parece». Spirago en su Catecismo de ejemplos refiere éste: Subía una señora en un funicular, y preguntó al conductor: «¿Qué haremos si se rompen los frenos?». «Echaremos otros segundos frenos de seguridad». «¿Y si se rompen también estos segundos frenos?». «Iremos al cielo o al infierno; cada uno adonde le lleven sus méritos». Bien dicho, y advierte que a todos se nos han de romper algún día los frenos.

Notemos que Jesucristo no nos dice: «que nos preparemos», sino que «*estemos preparados*».

23. La gracia y la paz sea con vosotros

(*La gracia y la paz* son los dos preciosos dones que San Pablo en sus cartas desea a los fieles que escribe: *la gracia*, don que nos viene del Padre por Jesucristo y nos santifica borrando el pecado, y *la paz*, que es cúmulo de bienes internos y externos, fruto del Espíritu San-

to: Gál. 5,22. Este es verdaderamente un expresivo saludo cristiano).

Jesús dice: «*Yo he venido para que las almas tengan vida, y la tengan abundantemente*». (Esta es la «vida de la gracia», que es como una «savia divina» que viene de Jesucristo. Vivir en gracia es vivir sin pecado, vivir unidos a Jesucristo como el sarmiento a la vid).

Permaneced en Mí y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede por sí mismo llevar fruto, si no permanece en la viña, así tampoco vosotros si no permanecéis en Mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanezca en Mí y Yo en él, ese dará mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada. Quien no permaneciere en Mí es arrojado fuera como el sarmiento y se seca (Jn. 15,5 s).

(Hay dos clases de gracia: la actual y la habitual o santificante). La actual, dice San Agustín, es una luz que ilumina y conmueve al pecador (es decir, es un auxilio sobrenatural y transitorio que ilumina nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad a evitar el mal y obrar el bien. Este auxilio que nos mueve a ser mejores, puede partir de una buena lectura, de la predicación del Evangelio de una muerte repentina, etc...).

(*La gracia santificante* o habitual es un don sobrenatural, interno e invisible que permanece en nuestra alma. Es un «ser» divino, que viene a nosotros, algo que viene de Dios), «es como una luz cuyo resplandor borra las manchas de nuestra alma y le comunica una radiante belleza» (Conc. Trento).

(Las almas en pecado son cadáveres ambulantes, porque viven en cuanto al cuerpo, pero su alma está muerta). *Tienes el nombre de viviente, pero en realidad estás muerto* (Apoc. 3,1).

La gracia... no consiste sólo en el perdón de los pecados, sino que es una divina cualidad infundida en el alma, y un como resplandor y luz que limpia todas las manchas de nuestras almas y las hace hermosísimas y muy brillantes (Cat. Rom).

(Por el bautismo se nos quita el pecado original y todos los pecados personales que tuviera el que se bautiza; y al quitarse el pecado del alma, ésta queda limpia, adornada de la gracia divina y embellecida, y por ella nos hacemos hijos de Dios y herederos del cielo. La gracia se pierde por el pecado mortal, y se recupera por otro sacramento, el de la Penitencia...).

Por medio de la gracia somos transformados en una imagen celestial y llegamos a tener en cierto sentido otra naturaleza, de modo que con justo título somos llamados no solamente hombres, sino también hijos de Dios y hombres celestiales, ya que hemos sido hechos partícipes de la divina naturaleza (S. Cirilo de Alejandría).

La gracia es la vida (el alma) de nuestra alma... Como el alma da belleza al cuerpo, así Dios la comunica al alma. Es sólo el alma la que da atractivo al cuerpo; si lo abandona te horroriza la vista del cadáver; y aun cuando encontraras hermosos sus miembros, te apresurarías a sepultarlo... lo único que en ti agrada a Dios es lo que de Él tienes; lo que de ti mismo tienes, desagrada a Dios (San Agustín).

Como si alguien transformara de repente a un hombre sarnoso, consumido y deshecho por la peste, la enfermedad, la vejez, la pobreza y el hambre, en un gallardo joven, de hermosura sin igual entre los hombres, de rostro resplandeciente, de mirada más brillante que los rayos del sol..., así proveyó y ornó Dios nuestra alma y la hizo hermosa, atractiva y amable (por la gracia)... (San J. Crisóstomo).

Al distribuirse su cuerpo y su sangre por

nuestros miembros, somos hechos cristóforos, y según palabras de San Pedro, participantes también de la naturaleza divina (S. Cirilo de Jerusalén).

Considerando, carísimos, la munificencia inefable de los dones divinos, cooperemos con la gracia de Dios que opera en nosotros. El reino de los cielos no es para los que duermen, ni la bienaventuranza eterna está destinada a los que se dejan embotar por la pereza y la desidia (San León Magno).

Comparaciones:

- Sin luz no se puede trabajar; así el hombre nada puede hacer sin la luz de la gracia divina. El cuerpo no puede trabajar si no le anima el alma; así el hombre no puede hacer cosa de provecho si no le apoya el Espíritu Santo, que es la vida del alma (San Fulgencio).

- Como la luna no puede alumbrar si no recibe la luz del sol, así el hombre nada puede hacer meritorio sin la luz del Espíritu Santo (S. Buenaventura).

- Nuestra alma no produce fruto alguno si no es rociada con la lluvia de la gracia del Espíritu Santo (San Hilario).

- Sin lluvia no puede crecer ninguna hierba, ni abrirse ninguna flor, y la cosecha perece; así el alma no puede, sin la gracia, alcanzar ninguna virtud (S. Gregorio Magno).

- Así como la gracia sin la voluntad no hace nada, así tampoco la voluntad sin la gracia. Sucede como con la tierra, que nada germina cuando no recibe la lluvia, ni la lluvia produce cosa alguna si no cae sobre la tierra (San. J. Crisóstomo).

- Como la tinta para la pluma, es la gracia del Espíritu Santo necesaria para escribir en el alma las virtudes (Santo Tomás). Toda obra buena se hace, por tanto, *juntamente* por el Espíritu Santo y nuestra voluntad libre (1 Cor. 15,10).

Dios da a todos la gracia actual, ya sean herejes, incrédulos o grandes pecadores. Estos textos bíblicos lo confirman:

- *Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez. 33).

- *Dios quiere que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad* (1 Tim. 2,4).

- *Dios quiere que todos vengan a penitencia* (2 Ped. 3,9).

Si Dios no quiere la muerte del pecador, si quiere que todos los hombres se salven, nece-

sariamente da a todos la gracia *suficiente* para que puedan salvarse. Esto quiere decir que tienen que «cooperar», correspondiendo a esas gracias, como lo hizo vg. San Pablo al decir: «*No yo, sino la gracia de Dios conmigo*» (1 Cor. 15,10). Por eso la Escritura nos amonesta: «*Hoy, si oís la voz de Dios* (que os llama a penitencia, a cambiar de vida), *no endurezcáis vuestro corazón en la maldad*» (Sal. 95,8). (La gracia nos es sumamente necesaria para hacer obras meritorias para la vida eterna, y para salvarse, porque el que muera en gracia de Dios se salva, y el que muera en pecado mortal se condena).

«Es de Dios el otorgar la gracia; pero es cosa tuya recibirla y conservarla» (S. Jerónimo).

(*¿Qué es la paz?* No es fácil definirla, como no es fácil decir qué es la salud. La paz y la salud se comprenden mejor cuando faltan, porque entonces reina la guerra y la enfermedad. La paz encierra bienestar, concordia, confianza mutua... La paz depende de nosotros, de que la queramos de veras poniendo los medios para lograrla. Primero hemos de procurar la paz interior, la vida de gracia o amistad con Dios, y luego con nuestros prójimos...).

Apártate del mal y haz el bien, busca la

paz y persíguela (Sal. 34,15). Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor (Lc. 2,14). La paz sea con vosotros (Lc. 24,36).. El Dios de la paz sea con todos vosotros (Rom. 15,33). Paz, paz al que está lejos y al que está cerca, dice el Señor... Los impíos son como un mar alborotado, que no pueden estar en calma, y cuyas olas remueven cieno y lodo. No hay paz, dice el Señor, para los impíos (Is. 57,19-21).

La paz del cuerpo es el orden y consonancia de los miembros. La paz del alma en su parte inferior es el orden y calma de los apetitos. La paz del alma en su parte superior es la armonía del conocimiento y de la acción. La paz del cuerpo y el alma es la vida ordenada. La paz del hombre mortal con Dios es la obediencia que por la fe se presta a la ley eterna. La paz de los hombres (entre sí) es la concordia. La paz de la ciudad celestial es la ordenadísima y sobremanera armoniosa sociedad de gozar de Dios y gozar mutuamente en Dios. La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden (S. Agustín).

Dios ofrece la paz por medio de sus santos predicadores a todo el género humano, pero mientras unos la aceptan, otros la rechazan. Por lo que a nosotros toca, sacudamos el polvo

de nuestros pies y vayamos resueltamente al que ama la paz (S. Bernardo).

El Papa Pablo VI dijo: «La paz que el mundo necesita es un don divino... que no puede ser basada en una falsa retórica de palabras... La paz se apoya en la verdad, en la justicia, en la libertad, en el amor; pero hoy muchos de los que gobiernan la apoyan en la mentira, en armamentos destructores... Hablan de paz y no tendrán paz... Oremos por la paz. *«Bienaventurados los pacíficos, los constructores de la paz»...*

24. Vive con fe, esperanza y caridad

Ahora permanecen estas tres virtudes, la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor o más excelente de todas es la caridad (1 Cor. 13,130).

El ejercitarse el alma en la fe, esperanza y caridad, la hace capaz de recibir las cosas venideras... El templo de Dios (en el alma)... se funda por la fe, se construye por la esperanza, se termina por la caridad (S. Agustín).

Sin caminar de veras por el ejercicio de estas tres virtudes, es imposible llegar a la perfección de amor con Dios... Las virtudes teolo-

gales tienen por oficio apartar al alma de todo lo que es menos de Dios, lo tienen consiguiientemente de juntarla con Dios (San Juan de la Cruz).

Tres cosas se requieren para que el hombre rinda culto religioso a Dios, es a saber: fe, esperanza y caridad (San Isidoro).

La fe es una virtud por la que creemos o tenemos por verdad lo que no vemos. (*Fé humana* es la que se funda en la palabra de otros hombres, y *fe cristiana o divina* es la que se funda en la palabra de Dios, es decir, nosotros creemos *por la autoridad de Dios* las verdades que Él nos ha revelado, como son la existencia del cielo, el perdón de los pecados, la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, etc.).

La fe es el fundamento sólido de todas las virtudes (San Ambrosio). (Lo primero de todo es creer en Dios, porque si no tengo fe o creo en Él ¿cómo he de esperar en Él y amarle?). La fe cree, la esperanza y la caridad oran. Mas no pueden estar sin la fe; por tal motivo también la fe ora (San Agustín).

Creer en Dios es tener por cierto su existencia y cuanto Él nos ha dicho o sea, sus verdades reveladas, pues si creemos en la palabra

de un hombre sabio y veraz, ¡cuánto más no debemos creer en la palabra infalible de Dios! Y hoy podemos leer las palabras de Dios en la Biblia. Por eso nos dicen los Santos Padres con el Concilio Vaticano II: «Cuando tú lees la Biblia, Dios te habla».

La fe proviene de oír la predicación del Evangelio o Palabra de Dios. Así nos lo dice San Pablo: Todo el que invocare el nombre del Señor, se salvará, mas ¿cómo podrían invocar el nombre del Señor tantos gentiles, cómo podrían creer en Él, si de Él nada han oído hablar? La fe proviene de oír el Evangelio, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo (Rom. 10,13-17).

La fe es necesaria para salvarnos. Lo dicen claramente estas palabras de Jesucristo: «*Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura, el que creyere y fuere bautizado se salvará...*» (Mc. 16,15). Sin la fe es imposible agradar a Dios (Heb. 11,6).

Los cristianos viven con la esperanza firme de conseguir el cielo o vida eterna, porque Dios omnipotente y bueno nos la ha prometido, y porque Él es fiel en sus promesas y no miente (Tit. 1,1-2). Esta es la promesa que Él nos hizo, la vida eterna (1 Jn. 2,25).

Nuestra vida es pura esperanza, después será gloria eterna... Mantengámonos firmes en la esperanza, porque es fiel el que la ha prometido (Heb. 10,23). El que espera en Dios es feliz (Prov. 16,20).

El cumplimiento de los mandamientos es camino seguro para ir al cielo. Jesucristo nos lo dice: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos». «Los justos irán a la vida eterna» (Mt. 19,17; Mt. 25,46). La felicidad del cielo es indescriptible: «Ni el ojo vio ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman (1 Cor. 2,9).

Dios es caridad (1 Jn. 4,18). Dios es amor. «Nosotros existimos porque Dios es bueno y nos ama» (San Agustín). Por su voluntad existen y fueron creadas todas las cosas (Apoc. 4,11).

Dios nos creó no para aumentar su felicidad o añadir algo a sus perfecciones, sino para hacernos a nosotros felices (Conc. Vaticano I). (Dios es eternamente feliz y no necesita nada de nosotros).

La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no se vanagloria ni se ensoberbece,

no busca su propio interés, no se irrita, no tiene cuenta del mal que recibe, no se goza de la injusticia..., todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta... La caridad nunca se acababa (L Cor, 13).

Ninguna cosa hay mayor en este mundo como el alma que tiene caridad... *Ama y haz lo que quieras*; si callares, calla por amor; y si perdonares, perdona por amor; y si castigares, castiga por amor, porque lo que por este amor se hace es meritorio delante de Dios (S. Agustín).

El amor a Dios es el primero en orden a precepto; el amor al prójimo es el primero en orden al obrar (San Agustín).

Amar al prójimo por caridad, es amar a Dios en el hombre, o al hombre en Dios, es querer a Dios por su mismo amor, y a la criatura por amor de Dios (S. Fco. de Sales).

La caridad es la mayor de todas, porque el que ama, cree también y espera. En cambio, el que no ama, por muchas obras buenas que haga, trabaja en vano (San Isidoro).

El amor de Dios se compara a la muerte (según lo del Ct. 8,6) *«el amor es fuerte como*

la muerte», porque así como la muerte separa violentamente el alma del cuerpo, así también el amor de Dios arranca violentamente al hombre del amor mundano y carnal (San Isidoro).

Cuando Jesús dice: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»* (Mt. 22,39), en la palabra «prójimo» se incluyen todos nuestros semejantes: amigos y enemigos, los que nos persiguen y calumnian... *«Amad a vuestros enemigos... Si no perdonareis, Dios no os perdonará»*. Así lo decimos en el Padrenuestro: *«Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos...»*. (También hemos de amar a los pecadores y criminales, sabiendo distinguir entre el pecado y el pecador. «Dios odia infinitamente el pecado, pero ama infinitamente al pecador», y siempre hay esperanza de que se convierta...).

Lo que hace brillar más el amor de Dios hacia nosotros, es que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros (Rom. 5,9). *Nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros* (Ef. 5,2).

Vuestra caridad sea sincera, aborreciendo el mal, adhiriéndonos al bien, amandoos los unos a los otros con amor fraternal, honrándoos a porfía unos a otros... No os dejéis vencer

del mal, antes bien venced al mal con el bien
(Rom. 12,9 ss).

25. Estima en mucho los santos sacramentos

Los sacramentos son la principal fuente de santificación de que dispone la Iglesia de Jesucristo. Son canales por donde nos llega la gracia. Por medio de ellos se ve que profesamos nuestra fe y la hacemos notoria a la vista de los hombres (Cat. Rom).

¿Quién es el autor de los sacramentos sino nuestro Señor Jesucristo? Del cielo vinieron estos sacramentos; porque todo consejo de la Providencia del cielo viene (San Ambrosio).

El soldado abrió su costado, para que estuviese abierta, por decirlo así, la puerta de la vida, allí donde manaron los sacramentos de la Iglesia, sin los cuales no se puede entrar en la vida verdadera (San Agustín).

Ocupa el primer lugar entre los sacramentos el santo bautismo, que es la puerta de la vida espiritual... La materia de este sacramento es el agua verdadera y natural, tanto fría como caliente. La forma es: *«Yo te bautizo en*

el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Conc. Florencia).

Nadie sube al reino de los cielos, a no ser por el sacramento del bautismo (San Ambrosio). *«Quien no renaciere del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos (Jn. 3,5). El que creyere (el Evangelio) y fuere bautizado se salvará (Mc. 16,16).* (El primero y más necesario de todos los sacramentos es el bautismo).

Nuestro Salvador en la última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre bajo los signos de pan y vino (SC. 47).

El Señor Jesús en la noche en que fue entregado, tomó el pan y después de dar gracias, lo partió y dijo: ESTO ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros. Y asimismo, después de cenar, tomó el cáliz diciendo: éste es el cáliz de la nueva alianza en mi sangre. Haced esto en memoria mía (1 Cor. 11,23-26).

Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor... pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, como y bebe su condenación (1 Cor. 11,27-29). (El que se acerque

a comulgar debe hacerlo bien confesado si estuviera en pecado mortal, o sea, en gracia de Dios).

El pan que veis en el altar, consagrado por la palabra divina, es el cuerpo de Cristo. El cáliz, es decir, el contenido del cáliz, consagrado por la palabra divina, es la sangre de Cristo (San Agustín).

Es cosa buena y sumamente útil comulgar diariamente y participar del cuerpo y sangre de Cristo, ya que Él mismo dijo claramente: *Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna* (Jn. 655). Porque ¿quién duda que el participar continuamente de la vida no es otra cosa que vivir con sobreabundancia? (San Basilio). (El pan ordinario es el alimento del cuerpo, y el pan eucarístico es el alimento del alma).

El pecado de los que reciben indignamente este sacramento es semejante al de aquellos que dieron muerte a Cristo; porque uno y otro pecado se cometen contra el cuerpo de Cristo (Santo Tomás).

Confíesate humilde y devotamente con frecuencia,... aunque en tu conciencia no sientas rastro de pecado mortal, porque por la confe-

sión no sólo recibirás la absolución de los pecados veniales que confesares, sino también una gran fortaleza, para evitarlos en adelante; una gran luz para discernirlos bien; y una gracia abundante para deshacer el daño que te hubieras causado (S. F. de Sales). (Los pecados veniales no impiden la comunión, y hasta se puede comulgar vg. un mes seguido sin confesarse, pero conviene no diferir mucho la confesión, porque ella nos da fuerzas y recibimos mayores gracias para vencer las tentaciones y no enfriarnos en la vida de piedad).

Los sacerdotes recibieron una potestad que no otorgó Dios a los ángeles ni a los arcángeles, porque no les fue dicho a estos: *Lo que atareis...* (S. J. Crisóstomo) (a ellos se les dio el poder de perdonar y consagrar...).

Dios no hace distinción, ya que a todos prometió su misericordia, y concedió a sus sacerdotes el poder de perdonar sin imponer excepción (S. Ambrosio).

El Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús dio a los sacerdotes de la Iglesia esta potestad de imponer penitencia a los que confiesen sus pecados, y admitirlos, después de purgar los pecados con satisfacción saludable, a la comunión de los sacramentos

por al puerta de la reconciliación (San León Magno).

Ningún pecado puede ser tan grande, que no sea infinitamente mayor la misericordia de Dios para perdonarle (La Puente). (La misericordia de Dios es mayor que nuestras miserias).

26. Reflexionemos: ¿A dónde caminamos?

Somos peregrinos y viajeros sobre la tierra (Heb. 11,13). Como huéspedes y peregrinos debemos morar interinamente acá abajo (San Cipriano),

El hombre ha de ir a la casa de su eternidad (Ecl. 12,5).

Por la misericordia de Dios no sabe el hombre cuando ha de morir. No conoce su último día, para que aproveche bien todos los días... Solamente la muerte es cierta; incierta la hora (San Agustín).

Quiso nuestro Creador que desconociésemos el día de nuestra muerte, para que ignorándolo siempre, lo creyésemos siempre próximo; y así obrase cada uno con tanto mayor fer-

vor cuanto más incierto es el momento en que ha de ser llamado de esta vida... Tal como salga cada hombre de esta vida... se presentará en el juicio (San Greg. Magno).

Si buscamos bienes, amemos los que poseeremos sin fin. Si tememos los males, temamos aquellos que los réprobos padecen sin fin... Usa de las cosas temporales, desea las eternas; aprovecha las cosas temporales por el camino, anhela las eternas para cuando llegues al término (S. Greg. Magno).

¿Años eternos? ¡Qué alta meditación! Tal meditación pide un silencio grande. Debe estar lejos de todo estrépito exterior, de todo tumulto de las cosas humanas el que quiera meditar en esos años eternos... Pesa mil años frente a la eternidad; ¿qué supone todo lo finito frente a lo infinito? Diez mil años, decenas de centenares de miles, y miles de miles, todo cuanto tiene fin no puede compararse con la eternidad (San Agustín).

No es largo lo que tiene término, y todos los siglos finitos cotejados con la eternidad sin fin, deben considerarse, no ya exigüos, sino sencillamente nada (San Bernardo).

El número de los días del hombre, a más ti-

rar, son cien años, y, comparados con la eternidad, son menos que una gota de agua comparada con todo el mar (Eclo. 18,8).

Al dejar este mundo, no puede haber ya penitencia, de nada sirve la satisfacción. Aquí, en la tierra, se pierde o se gana la vida eterna; aquí se provee para ganar la salud eterna mediante el culto de Dios y el fruto de la fe (San Cipriano). El que no se purificare en este mundo, no podrá ser limpio en el otro (San Ambrosio).

No es cosa grande vivir mucho tiempo, o vivir siempre; pero lo es vivir felizmente... El premio que da Dios mismo... Nuestra alegría, nuestra paz, nuestra tranquilidad, el fin de todas nuestras molestias, es Dios... El que quiere ser feliz, encamínese presuroso al reino de los cielos. Este no está cerrado sino para aquel que quiera excluirse él mismo (San Agustín).

No hay otro bien con que la criatura racional e intelectual pueda ser enteramente feliz sino Dios... Nos hiciste para ti e inquieto está nuestro corazón mientras no descansa en Ti (Id.).

Creemos con verdad la resurrección de los

muerdos y esperamos las alegrías del futuro siglo (Conc. Toledo XI. Dz. 287).

Definimos además que por disposición de Dios las almas de los que mueren en pecado actual bajan inmediatamente después de la muerte a los infiernos, donde son atormentadas con penas infernales, y además en el día del juicio comparecerán todos los hombres con sus cuerpos ante el tribunal de Cristo, a dar cuenta de sus acciones *«para que cada uno reciba el pago debido a las buenas o malas acciones que habrá hecho mientras ha estado revestido de su cuerpo»* (2 Cor. 5,10) (Benedictus Deus: Dz. 531).

Todo cuanto tiene fin es breve... Estás en camino, esta vida es una posada. Usa del dinero como usa de la mesa, de la copa, de la orza, de la cama el viajero en la posada, sabiendo que ha de proseguir su camino, y no se quedará allí (San Agustín).

¿Qué provecho, qué utilidad tiene el desear continuamente cosas que si no nos abandonan, han de ser abandonadas? (San León Magno).

27. No peques, no seas blasfemo...

El pecado es la transgresión de la ley de Dios (1 Jn. 3,4). Pecado es lo que se hace, dice o desea en contra de la ley divina (S. Agustín).

Como Dios es el sumo Bien entre todas las cosas que deben ser amadas, es también el pecado el sumo mal entre todas las que deben ser aborrecidas (Cat. Rom).

¿Has pecado? No vuelvas a pecar más. Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá (Eclo. 21,2-4). *El que comete el pecado es esclavo del pecado* (Jn. 8,34).

El pecado es la causa de todos los males... No podéis dejar de hacer caso de vuestras culpas, so pretexto de que sean leves; porque las gotas de agua acaban por llevar los ríos y por arrastrar las rocas y los árboles con sus raíces (San Agustín).

De los males humanos ninguno es grave, sino el pecado; no la pobreza, no la enfermedad, no la contumelia, no la calumnia, no la ignominia, ni la muerte, que parece sea el último de los males. porque todos los nombres de calamidades, para quienes discurren sólo son

nombres vanos; mas la calamidad verdadera es ofender a Dios y hacer alguna cosa contraria a su beneplácito (S. J. Crisóstomo).

No hay cosa peor que la blasfemia... Si oís a alguno blasfemar cuando pasáis por la calle, le debéis reprender, y si es persona que depende de vosotros, castígale si es menester; santificad de este modo vuestra mano, y si os delata a la justicia, y os hace comparecer en juicio para que os castiguen por la ofensa que habéis hecho, entrad con valor y responded con entereza, que no pudísteis sufrir que vomitase blasfemias contra el Rey de los Angeles. Pues si los que dicen injurias contra el rey de la tierra son dignos de castigo, ¿cuánto más lo merecerán los que ultrajan al Rey del cielo? (S. Crisóstomo).

Dios destruye las ciudades en castigo de los pecados de sus habitantes; si éstos, pues, cesaren de pecar, se conservarían sus ciudades. ¿De qué sirve huir de vuestra patria? Lo mejor será si queréis, huir de las culpas (San Ambrosio).

En la Antigua Ley está escrito: «*Muera sin remedio el que blasfemare el nombre del Señor*» (Lev. 24,16). Dios no dejará sin castigo al que tomare en vano su nombre (Ex. 20,7; Eclo. 23,10).

San Jerónimo oyendo a uno que blasfemaba, le respondió, y como le preguntase porque se metía con él, le dijo: «Los perros ladran en defensa de sus amos, y ¿me callaría yo cuando oigo blasfemar el santo nombre de Dios? ¡Podré morir, pero no callar!». (Para contrarrestar la blasfemia, digamos: «Alabado sea Dios»).

Jamás la enormidad de vuestros delitos os precipite a desesperar del perdón, porque una misericordia grande es capaz de borrar las mayores culpas (San Jerónimo). Entretanto que alguno vive nadie desespere de su salvación (S. Agustín).

Los que blasfemaron del Espíritu Santo o de la divinidad de Cristo, diciendo: «Por arte de Belcebú, príncipe de los demonios, echa él los demonios, no obtendrán perdón ni en este siglo ni en el futuro. Mas hay que observar que Cristo no dijo que no se dará la remisión al que blasfemare pero luego hiciere penitencia, sino al que blasfemare y perseverase en la blasfemia; porque la penitencia condigna cancela todos los pecados (San Atanasio). (El blasfemo tiene un cómplice, y es éste el que oye blasfemar y no protesta).

28. Teme a Dios y guarda sus mandamientos

Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el hombre todo (Ecl. 12,13). (Esta es su razón de ser, para esto ha sido creado).

Dios imprimió sus mandamientos en la conciencia de todo hombre al hacerle inteligente y libre (Rom. 2,14-15). Los promulgó en el monte Sinaí (Ex. 20) y Jesucristo los confirmó, al decir: «*No he venido a abrogar la ley, sino a perfeccionarla*» (Mt. 5,17).

Dios dice: ¡Oh, si siempre me temieran y guardaran mis mandamientos, para ser siempre felices ellos y sus hijos! (Dt. 5,29).

Ved; Yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios..., la maldición si no los cumplís (Dt. 11,26-28).

Si uno guarda toda la ley, pero quebranta un solo mandamiento, se hace reo de todos (Sant. 2,10).

La causa de que por quebrantar un mandamiento, uno se haga reo de todos, es porque todos los mandamientos están enlazados entre

sí y forman un todo, de suerte que no es posible se sostenga uno sin el otro (S. J. Crisóstomo). (Sucede como en un puente, por el cual no se puede pasar, si se derriba uno solo de sus diez pilares).

Nuestro Dios es el Dios personal..., rey y último de la historia del mundo... Este Dios ha dado sus mandamientos de manera soberana, mandamientos independientes de tiempos y espacio, de región y raza. Como el sol de Dios brilla indistintamente sobretodo el género humano, así su ley no reconoce privilegios ni excepciones (Pío XI).

Si alguno dijere... que los diez mandamientos de Dios no están en vigor para los cristianos, sea anatema (Conc. Trento).

Tres cosas son necesarias para la salvación del hombre: la ciencia de lo que ha de creer; la ciencia de lo que ha de desear, y la ciencia de lo que ha de obrar. Lo primero se enseña en el Credo... lo segundo en el Padrenuestro, lo tercero en los Mandamientos... (Santo Tomás).

Teme al Señor y guarda sus mandamientos. Ahora bien, si guardares los mandamientos de Dios, serás poderoso en toda acción y tu acción será incomparable, porque temiendo al

Señor, todo lo harás bien. Este es el temor que has de tener y te salvarás... (Herm. Past.).

Si vosotros obedecéis los mandamientos que yo os prescribo, amando a Yahvé, vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, yo daré a vuestra tierra la lluvia su tiempo, la temprana y la tardía, y tu cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite. Yo daré también hierba en tus campos para tus ganados, y de ellos comerás y te saciarás (Dt. 11,13-15). Y si los guardáis, sembraréis poco y recogeréis mucho. Por el contrario, si no los obedecéis, malditos seréis en la ciudad y en el campo..., sembraréis mucho y cosecharéis poco... (todo os irá mal) (Dt. 28 y Lev. 26).

(La felicidad eterna será también el fin o término del cumplimiento de la Ley de Dios): *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos (Mt. 19,17).*

A modo de artífice fabricó la misericordia de Dios en sus mandamientos un espejo, en que el hombre puede contemplar la efigie de su propia mente y reconocer si es o no semejante a la imagen de Dios (San León Magno).

Ninguno hay que no experimente tener impresa por Dios en su alma una ley por la cual

pueda discernir lo bueno de lo malo (Rom. 2,14-15)... Y como la fuerza y condición de esta ley no es diversa de la que está escrita, ¿quién se atreverá a negar que Dios es el autor de la ley escrita, así como lo es de la interior? (Cat. Rom).

(Porque del cumplimiento de los mandamientos de Dios depende la felicidad, temporal y eterna de los pueblos, veamos como se los inculcó ya en la Antigua Ley a Israel):

«Oye, Israel: Yahvé es nuestro Dios, Yahvé es único. Amarás a Yahvé tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, y llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos que yo hoy te doy. Incúlcaseles a tus hijos, y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes cuando te levantes, habla siempre de ellos. Atalos a tus manos (como si fueran una pulsera) para que te sirva de señal (de constante memorial); pónelos en la frente, entre tus ojos, escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas.

(Con estas imágenes, dichas en sentido metafórico, era para recordarles la obligación de servir a Dios en todo tiempo y lugar, y por eso les añade): *Guardad con gran cuidado los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios... Haz lo que es bueno y recto a sus ojos para que seas*

dichoso... Ponerlos por obra como Él nos lo ha mandado (Dt. 6,4, ss).

29. No vivas en pecado. Conviértete al Señor

Si el justo se aparta de la justicia y comete iniquidad, obrando según todas las abominaciones que comete el impío, ¿por ventura vivirá? Todas las obras justas que había hecho se darán al olvido; por las prevaricaciones que cometió y por el pecado que perpetró, por ellos morirá (Ez. 18,24).

¿No sabes que los que viven en pecado, aunque vivan, están muertos? Y que los que están en gracia, aunque murieran, viven? Y esta no es doctrina mía; es sentencia de Cristo que dice a Marta: *Quien cree en Mi, aunque hubiere muerto, vivirá* (Jn. 11,25) (S. J. Crisóstomo). (Vivir en pecado es ivivir sin vida! El pecado mortal mata al alma. No seas cadáver ambulante).

Tenemos un miedo pueril, cuando tememos la muerte y no tememos el pecado. Los niños pequeños temen los gusanos y no temen el fuego; y si se los acerca a una lámpara encendida, inconsideradamente extienden la mano hacia la lámpara, hacia la llama; mien-

tras que se horrorizan de un despreciable gusano, temen el fuego, que es para ser temido. De un modo análogo también nosotros tememos la muerte, que es gusano digno de desprecio, y no tememos el pecado, con ser de temer en verdad, y que devora la conciencia como un fuego (Id.).

Si digo al justo que vivirá, y él, confiando en su propia justicia, comete maldad, todas sus buenas obras serán echadas al olvido y por la maldad que ha cometido morirá (Ez. 33,13).

A los condenados les espera una muerte sin muerte, un fin sin fin, un perecer sin perecer, porque la muerte vive, el fin siempre empieza, el perecer no sabe perecer (S. Greg. Magno).

Convertíos a Mí y seréis salvos..., porque Yo soy Dios y no hay otro (Is. 45,22). Conviértete al Señor y deja los pecados. Suplícale y enmienda las ofensas. Conviértete al Altísimo y apártate de la iniquidad, y aborrece de corazón todo lo abominable (Eccl. 17,21-23).

Convertíos, pecadores, y predicad la justicia delante de Dios, y creed que usará de misericordia con vosotros (Tob. 13,8). Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez. 18,23). Él hace como que no ve nues-

tros pecados por esperarnos a penitencia (Sab. 11,24).

Mañana, dices, cambiaré de vida y viviré bien. Dios te prometió indulgencia; pero nadie te prometió el día de mañana. Si has vivido mal hasta ahora, empieza a vivir bien hoy mismo (San Agustín).

*¡Qué terrible es vivir en pecado
y así llegar a la hora de la muerte!*

No puedo menos de referir un caso que tuvo lugar una noche de Carnaval en Madrid. Yo lo supe como un hecho comprobado en los días que sucedió:

En aquella noche de Carnaval, un joven pregunta por el *Padre Rubio*. Es urgente, para confesar a un moribundo. ¿En dónde vive? El desconocido tarda en decir la dirección. Al fin, la dice. Don Carlos Villameriel, que está presente, frunce el ceño, se vuelve al P. Rubio, y le dice: «Padre, esa casa... ¡Es una casa mala!». La contestación: «A cualquier parte iré yo con tal de salvar un alma. ¡Acompáñame!».

En el cuartucho de la casa pública está preparada ya la celada. ¡Qué campanada sonará mañana en Madrid, cuando se divulgue la fotografía del «santo Padre Rubio» sorprendido en plena juerga en una casa de prostitución!

Tres muchachos tramaron la broma. En un rincón, disimulada está la cámara fotográfica y la lámpara de magnesio para el fogonazo en el momento oportuno. Los muchachos echan suerte: uno de ellos ha de acostarse y fingirse enfermo. Cuatro meretrices están escondidas en un rincón, para surgir en el momento oportuno.

Se corre la cortina de la alcoba. El enfermo fingido ya

se ha tumbado. Entra el P. Rubio. «¿Dónde está el enfermo?». «Aquí, Padre; está muy malo, ¿sabe usted? Y el pobre se quiere confesar...». El P. Rubio se acerca a la cortina. En un rincón una mano enciende ya un fósforo para inflamar el magnesio. Pero el P. Rubio, sin tocar la cortina, se encara con los que le han llamado, y exclama: «¿Por qué me han llamado tan tarde? El muchacho ha muerto ya». «No, Padre...». Uno de los muchachos descorre la cortina y toca al falso enfermo: «Oye tu, ¿verdad que te quieres confe...». Un escalofrío le ha corrido de pies a cabeza. Sí, está muerto. Con los ojos, dilatados por el terror, clavados en el cielo... ¡Ay de los que se mofan de las cosas santas!... Tarde o temprano tendrán su castigo. ¡De Dios nadie se ríe!...

30. Oremos para vivir más unidos a Dios

Se separa de Dios quien no está unido con Dios por medio de la oración (S. Grego. Niseno).

La oración es una conversación, una plática con Dios (S. J. Damasceno). La oración es dirigir la palabra a Dios; cuando lees (la Sgrda. Escritura) Dios te habla; cuando oras hablas tú a Dios... La oración es la inclinación afectuosa de la mente hacia Dios (S. Agustín).

Oración es hablar con Dios como hablaríamos con un hombre (Santo Cura de Ars). Oración es ponerse un alma ante su Dios, y Dios

ante ella; mirando Dios con ojos de misericordia al alma y ella con ojos de humildad a Dios...» (San Simón de Rojas). Oración es todo esto, verse un alma con Dios a solas, sentadas a sus pies, oyendo las lecciones que le lee, y recibiendo la doctrina que le da: y un pedir y llamar, no a las puertas de los hombres, sino a las del riquísimo Dios... (Santa Teresa de Jesús).

La oración es «elevación de la mente a Dios», es despegar el alma de la tierra y elevarla hacia Él». La oración es unión con Dios» (Juan Gersón).

No empieces tu oración con mala conciencia (Didaché). El pecado es un peso sobre la oración y no la deja acercarse a Dios. Y tanto más pesa, cuanto más reprochable es la vida de quien suplica. En cambio la oración de los inocentes sube (San Ambrosio).

Sé mendigo de Dios... No presta atención a los labios sino al corazón; no a la lengua sino a la vida de quien le alaba... El que quiere ser escuchado de Dios, escuche primero a Dios (San Agustín).

Escucha a Dios en sus mandamientos, para que Él te escuche en tus oraciones (S. J. Crisóstomo).

Ineficaz es la petición, si es estéril la oración... Oración acepta y familiar es la que se dirige a Dios con sus propias palabras, acercándonos a sus oídos con la oración de Cristo... ¿Cómo puedes exigir que Dios te escuche, si tú no le escuchas a Él? ¿Quieres, al orar, que Dios se acuerde de ti, y ni siquiera tú te acuerdas de ti mismo? (San Cipriano).

El que quiere ser escuchado de Dios, escuche primero a Dios... No te escucha según tu voluntad, sino para tu salvación... Algunas cosas no nos son negadas sino demoradas, y nos serán concedidas en el tiempo oportuno.

Todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama se le abrirá (Mt. 7,8). Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré (Jn. 14,14).

Si no somos escuchados, ello se debe a que no pedimos con perseverancia o no pedimos lo que más redundaría en nuestra salvación... Se creían invocar a Dios, y lo que pedían eran heredades, abundancia de dinero, vida larga, otros bienes temporales. ¿Qué dice de ellos la Sagrada Escritura? No han invocado al Señor (San Agustín).

Este es el camino para ser escuchados: pri-

mero, ser dignos de recibir; segundo, orar como lo manda Dios; tercero, orar con constancia; cuarto, no pedir cosas terrenales; quinto, buscar cosas saludables; sexto, hacer cada cual lo que esté de su parte... Persevera y serás escuchado (S. J. Crisóstomo).

Vuestras iniquidades han hecho una separación entre vosotros y vuestro Dios; vuestros pecados le han hecho volver su rostro de vosotros para no escucharos (Is. 59,2). Si permanecéis en Mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiereis y se os dará (Jn. 15,7).

La oración fiel, humilde y fervorosa, sin duda penetra los cielos, de los cuales nunca volverá vacía (S. Bernardo). La oración que se apoya en obras de piedad es la más eficaz para ser oída de Dios (San León Magno).

Oremos y alabemos a Dios. La lengua se nos ha dado para que alabemos a Dios... Cuando alabéis al Señor, alabadle siempre en la luz; no en las tinieblas del pecado, sino en la luz de las virtudes (S. Jerónimo).

Tu lengua alaba Dios a ciertas horas, alábele siempre tu vida... Te sugiero un remedio para alabar, si quieres, todo el día a Dios. Haz

bien cualquier cosa que hagas, y habrás alabado a Dios. Si Dios quiere que le alabemos es para nuestro bien... No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor Dios si le alabas; ni peor, si le vituperas; pero tú alabándole a Él que es bueno, te vuelves mejor; y vituperándole, te vuelves peor; Él seguirá siendo bueno como lo es ahora (San Agustín).

Alabad al Señor todas las naciones, alabadle todos los pueblos, porque su misericordia se ha confirmado sobre nosotros, y la verdad del Señor permanece para siempre (Sal. 117).

Grande es el Señor y digno de toda alabanza (Sal. 96,4). Digno eres, Señor y Dios nuestro de recibir la gloria, el honor y el poderío, porque... por tu voluntad existen y fueron creadas todas las cosas (Apoc. 4,11).

El que se porta bien, ora sin cesar; su vida es una continua oración (San Basilio). Es preciso orar siempre y no desfallecer (Lc. 18,1).

La oración, arma de apostolado. Escucha, Señor, la oración de tus siervos... a fin de que todos los moradores de la tierra conozcan que tu eres Dios por los siglos (Eclo. 36,18-19). Orad por los cristianos y por mi también (Ef.

6,18). *Orad por nosotros para que la palabra de Dios se difunda y sea tenida en honor como lo es entre vosotros, y para que seamos libres de los hombres malvados y perversos, porque no todo tienen fe* (2Tes. 3,1-2).

Porque el hombre en estado de gracia cumple la voluntad de Dios, es propio de la amistad que Dios cumpla la voluntad del hombre en la salvación de otro (Santo Tomás).

El protomártir San Esteban tenía la caridad como arma de combate... con la caridad intercedía por los que le apedreaban y por caridad pedía perdón por sus perseguidores (San Fulgencio).

Luego de terminar el espiritual e incruento sacrificio, sobre la misma hostia de propiación rogamos a Dios por la paz general de la Iglesia, por el buen gobierno del mundo, por los emperadores, por los soldados, amigos, enfermos, atribulados, y en general ofrecemos esta víctima por todos aquellos que tienen necesidad (S. Cirilo de Jerusalén).

Orar por otro es propio de la caridad... por lo cual así como debemos amar a los enemigos, debemos también orar por ellos... Debemos pedir en la oración lo que debemos de-

sear; y debemos desear bienes no solamente para nosotros sino también para los demás (Santo Tomás).

Imitemos a Dios. Si quiere que se salven todos los hombres, es necesario rogar por todos; si quiere que todos se salven, también tú debes quererlo; y si lo quieres, debes rogar; porque es propio de los que quieren el rogar (San J. Crisóstomo).

Cuando nos unimos en la oración es como si caminando por un terreno resbaladizo nos diéramos la mano (S. Greg. Magno).

Que se hagan súplicas, oraciones, rogativas... por todos los hombres (1 Tim. 2,1). *Rogad al dueño de la mies para que envíe obreros a su mies* (Mt. 9,38).

Si oramos de un modo recto y debido, no podemos decir otra cosa que lo que está contenido en esta oración dominical (o sea, en el padrenuestro) (S. Agustín). Solamente Dios pudo enseñar cómo quería ser rogado (Tertuliano). Os conviene para rezar bien el «Pater noster», no apartaros de cabe el Maestro que os lo mostró (Santa Teresa).

31. ¡Joven! Precia la virginidad. Ama la vida religiosa

Lo que no se siembra en la juventud, no se recoge en la vejez (Eclo. 25,5).. «*El adolescente, según los Proverbios, seguirá el camino que emprendió desde pequeño, y no se apartará de él siendo viejo*» (22,6). (¡Joven! ¿Qué camino vas a seguir tú? Pocas almas conocen el valor de la virginidad; los más siguen el camino corriente del matrimonio, porque a él le inclinan sus pasiones. yo pretendo darte a conocer el camino que siguen las almas religiosas consagradas a Dios, la belleza de la virginidad, y después te diré con Jesucristo: «*El que se sienta capaz de este don, ¡adelante!*». ¿A quién vas a dar las primicias de tu vida, a Dios o al mundo?).

Multiplicado ya el linaje humano, no sólo no hay ley que obligue a casarse, sino que antes bien se encomienda muy mucho la virginidad, y se aconseja a todos en las Escrituras Sagradas, como más excelente que el estado del matrimonio, y que contiene en sí mayor perfección y santidad (Cat. Rom).

El Concilio de Trento dijo: Si alguno dijere que el estado del matrimonio se debe anteponer al de la virginidad, y que no es mejor y

más glorioso permanecer en virginidad o casta soltería que unirse en matrimonio, sea anatematizado (Ses. 24).

El Conc. Vaticano II, en el n.º 10 del Decreto «*Perfectae caritatis*»: «Téngase en sumo aprecio la castidad, que deja el corazón libre y disponible para las obras de apostolado».

«Ensalza, sí, el matrimonio, mas antes que el matrimonio la virginidad. El matrimonio es el perdón de la concupiscencia; la virginidad el esplendor; el matrimonio, el padre de los santos; la virginidad, un sacrificio; el matrimonio es la raíz de la virginidad, esposa de Dios; pero entre tanto es una servidumbre de la carne y de los ardores libidinosos» (S. Greg. Nazianceno).

«Pongo ante tus ojos la excelencia de la virginidad sobre el estado conyugal, para que todos juzguen por conciencia propia fundada no en mi humilde y falaz opinión, sino en la autoridad del Espíritu Santo, que por boca de su profeta dijo ser más noble la virginidad, que se hermana con la virtud... No condeno a la casada, pero alabo fervorosamente a al virgen, porque las más puras satisfacciones de aquella son como despreciable barro en comparación de las de ésta» (San Cipriano).

No todos son capaces de comprender esta doctrina (de decidirse a ser vírgenes), sino aquellos a quienes es dado... Hay eunucos (esto es, inhábiles o impotentes para el matrimonio), que se hicieron tales a sí mismos por amor al reino de los cielos. (Y concluyó el Señor): El que sea capaz de seguir esta doctrina que la siga (Mt. 19,11-12). (La palabra «impotentes para el matrimonio», quiere decir no impotentes en el cuerpo, sino en el espíritu, en cuanto que voluntariamente se abstienen del matrimonio para ser más gratos a Dios y por amor al reino de los cielos).

Doctrina expuesta por San Pablo (1 Cor. 7): Quisiera que todos fueseis como yo (San Pablo era soltero), pero cada uno tiene de Dios su propio don, uno de una manera, otro de otra. Y a los solteros y a las viudas yo les digo: Es bien para ellos si permanecen como yo, mas si después no pueden vivir continentes, cásense, porque mejor es casarse que abrasarse (en un fuego impuro).

Acerca de las vírgenes, no tengo precepto del Señor; mas doy mi consejo, como quien, por la misericordia del Señor es digno de fe. Juzgo que a causa de la inminente tribulación, es bueno para el hombre permanecer así. ¿Estás tu unido a una mujer? No busques el rom-

per esta unión. ¿Estás libre de mujer? No busques mujer. Con todo, si te casases, no pecas. Y si una virgen se casa, no peca; mas tales personas sufrirán en su carne tribulaciones, que yo quiero evitaros.

Esto, pues, quiero deciros, hermanos: el tiempo es corto; resta, por tanto, que los que tienen mujer, vivan como si no la tuvieran, y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen, y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no disfrutasen, porque la apariencia de este mundo pasa.

Quiero, pues, que vosotros estéis sin preocupaciones. El que no tiene mujer anda solícito de las cosas del Señor y de cómo puede complacerlo; quien, en cambio, está casado, anda solícito de las cosas del mundo y cómo puede agradar a su mujer, así que permanece dividido. También la mujer no casada y la virgen piensan en las cosas del Señor, para ser santas en cuerpo y en espíritu; mas la casada se preocupa de las cosas del mundo y cómo poder agradar al marido. os digo estas cosas por vuestro bien, no por tenderos un lazo, sino en orden a lo que más conviene y os hace más constantes y sin distracciones en el servicio del Señor.

Si alguno, pues, cree que es un deshonor para su hija virgen el dejar pasar la edad núbil y estima necesario obrar así haga como quiera; no peca; cásense; mas quien está firme en su resolución, sin ser forzado y en pleno derecho de obrar según su voluntad y ha decidido en su corazón el mantener virgen la propia hija, hace bien. Así, pues, el que casa a su hija virgen, hace bien, y el que no la casa (siendo ella de este parecer), hace mejor (1 Cor. 7). Siendo la vida tan corta, interesa emplearla toda en el servicio de Dios.

Pío XII en la encíclica «Sacra Virginitas» nos dice: «No se puede contar la multitud de almas que desde comienzos de la Iglesia hasta nuestros días han ofrecido a Dios su castidad, unos conservando intacta su virginidad..., otros eligiendo una vida totalmente casta después de haber llorado sus pecados; mas todos conviniendo en el mismo propósito de abstenerse para siempre por amor a Dios, de los deleites de la carne».

La virginidad es la joya más preciosa de la Iglesia... y mientras el matrimonio puebla la tierra, la virginidad puebla el cielo (S. Jerónimo).

La virginidad no goza de la firmeza propia

de la virtud, si no nace del voto de conservarla siempre intacta (Santo Tomás y S. Buenaventura). No es que se honre a la virginidad por ella misma, sino por estar consagrada a Dios... y no alabamos a las vírgenes porque lo son, sino por ser vírgenes consagradas a Dios por medio de una piadosa continencia (S. Agustín).

No quieran, pues, las vírgenes adornarse ni agradar a nadie sino al Señor, puesto que se han consagrado a Cristo y, apartándose de la concupiscencia de la carne, se han entregado a Dios en cuerpo y alma (San Cipriano).

San Jerónimo escribiendo a una joven virgen, dirigida suya, le dice: «La gloria de la virginidad te sitúa entre los ángeles y coloca al mundo debajo de tus pies. No quiero que esta heroica resolución de ser virgen engendre soberbia en tu espíritu, sino temor. Andas cargada de oro, debes evitar los ladrones (estos son entre otros: las malas lecturas y las malas amistades, las conversaciones poco honestas, el baile, el cine poco bueno y otras diversiones. También los juegos, el trato con personas de diverso sexo...).

Jesucristo nos dice: *Velad y orad para no caer en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca* (Mt. 28,11). Luego que

llegué a entender que no podía ser casto sin la ayuda de Dios, acudí a Él y se lo pedí fervorosamente (Sab. 8,21). «Con la oración, la castidad está segura, sin la oración está en peligro» (San Greg. Nazianceno).

La pureza será conservada hasta en el siglo, si la disciplina está en vigor y se ejerce la vigilancia (Tertuliano). Para ser puro y casto se necesita el temor de Dios (San León M.). Contra la impetuosidad de la pasión impura emprended la fuga, si queréis conseguir la victoria... Además, sed muy humildes y recurrid a las llagas de Jesucristo (San Agustín).

El primer remedio contra el vicio es apartarnos mucho de aquellos cuya presencia es una tentación... Muchas personas eminentes en virtud han caído en el abominable vicio, y han perdido la más hermosa de las virtudes por creerse seguros. Nadie tenga demasiada confianza. Si sois santos, no por eso sois impecables (San Jerónimo). (Otros medios para conservar la pureza son: la devoción a la Santísima Virgen, la frecuencia de sacramentos: confesión y comunión, mortificación de los sentidos, presencia de Dios y fortificar la voluntad).

La castidad consagrada a Dios exige almas

fuertes y nobles, preparadas a luchar y vencer «por el reino de los cielos»... Para muchos la continencia perpetua sería un peso demasiado grave y no se le puede aconsejar (Pío XII).

San Ambrosio comentando a San Pablo dice que este apóstol aconseja con el ejemplo, porque la virginidad no es para mandada, sino para aconsejada y deseada, como cosa que sobrepuja las fuerzas humanas, y puede ser objeto de voto, pero no materia de precepto. (Y después de alabar la virginidad, añade): Esto no lo digo en menoscabo del matrimonio, sino a gloria de la virginidad cuyo estado es más excelente que el de los casados. mas no van contra él mis alabanzas a la santa virginidad, ni pretendo con ellas apartar del matrimonio a los hombres, sino mostrarles un don precioso, que por ser desconocido de muchas almas tiene pocos devotos en el mundo, al revés del matrimonio, que nadie ignora, buscan muchos, a todos es lícito.

La pureza es una perla preciosa y rarísima, y sin embargo es necesaria (S. Atanasio). Una virgen es un don de Dios —una hostia de pureza y víctima de castidad— que se sacrifica diariamente y aplaca a la ira divina (S. Ambrosio) y Orígenes afirmó que «cuerpo incontaminado es una hostia viva, una hostia gratísima al Señor».

(El ofrecimiento de la virginidad, para que sea grato a Dios y meritorio debe hacerse de un modo «libre y voluntario», solamente «por su amor y por el reino de los cielos»... La virginidad no es sólo una simple renuncia a los placeres impuros, sino una entrega total a Dios que hace un alma impulsada por su amor y en bien a sus hermanos, los hombres).

¡Oh, qué hermosa es una generación casta con esclarecida virtud! Su memoria es inmortal y llena de honor ante Dios y ante los hombres (Sab. 4,1). Bienaventurados los limpios de corazón... (Mt. 5,8).

32. Se apóstol del bien

El apostolado más eficaz e irremplazable es el de una vida santa y piadosa, que actúe con el ejemplo y la oración... (Pío XII). No basta ser buenos hay que ser apóstoles del bien con la palabra, con la oración, con el sufrimiento y sobre todo con el ejemplo. «Las palabras mueven, el ejemplo arrastra». la voz de las obras puede más que la de la boca (San Bernardo).

El que está al frente de los demás con su autoridad, debe estar al frente de ellos por sus

virtudes; es menester que les sirva de modelo y no tenga nada reprehensible (San Isidoro).

Viviendo mal enseñáis, por decirlo así, a Dios cómo debe condenaros. Terrible juicio aguarda al que habla bien y obra mal. mandar y no ejecutar, es representar el papel de histrión y de hipócrita. Dios nos ha elegido para ilustrar; debemos ser modelos. Sea el esplendor de nuestra vida una escuela pública que enseñe a practicar todas las virtudes (S. J. Crisóstomo).

Es preciso renunciar a las obras de las tinieblas y vestirnos de las armas de la luz (Rom. 13,12), porque nos hallamos ante las miradas del mundo, de los ángeles y de los hombres (1 Cor. 4,9).

Prediquemos con el ejemplo y persuadamos con nuestras palabras (S. Atanasio).

Sólo podemos despreciar las palabras de aquel cuya vida no es edificante (Santo Tomás).

Las palabras que salen de un corazón frío (no caldeado en la oración) no podrán inflamar en deseos celestiales a los que las oyen (S. Greg. Magno).

La persuasión, el ejemplo y la abnegación son armas dignas de los hijos del Evangelio (San Bernardo).

Por el ejemplo de uno se corrigen muchos (San Ambrosio). Los hombres quieren más ejemplo que palabras, porque fácil es hablar, difícil obrar (Lactancio).

Los ejemplos son tanto más dignos de imitarse, cuanto más excelentes son en punto a piedad (San Agustín). El buen ejemplo es un argumento que no se puede contradecir (S. J. Crisóstomo).

El sufrimiento es el gran remedio para la salvación... No es gran desgracia la tribulación: gravísima es no corregirnos con los males que nos afligen (S. Greg. Nazianceno).

Bienaventurado aquel que padece la tentación (o tribulación) con paciencia, porque después que fuese probado recibirá la corona de la vida, que Dios ha prometido a los que le aman (Sant. 1,12).

Deseo dirigiros hoy, de modo particular a todos los enfermos para hacerles llegar, yo, enfermo como ellos una palabra de consuelo y de esperanza... Cuando inmediatamente después

de mi elección a la cátedra de Pedro, vine a hacer una visita al policlínico Gemelli dije que deseaba apoyar mi ministerio papal, en los que sufren. (Estas palabras las dijo el Papa Juan Pablo II cuando fue internado en este hospital porque unas balas enemigas atravesaron su cuerpo y exhortó a que uniesen sus dolores a los de Cristo Redentor).

Sed irrepreensibles y sencillos como hijos de Dios, sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandezcáis como lumbreras del mundo, manteniendo en alto las palabras de vida que yo os he predicado (Fil. 215).

Queridos míos: yo os suplico que llevéis una vida ajustada entre los gentiles, a fin de que, por lo mismo que os censuran como a malhechores, reflexionando sobre las obras buenas que observan en vosotros, glorifiquen a Dios en el día que los visitará (1 Ped. 2,11-12).

Jesucristo apeló a la fuerza del ejemplo: «Ejemplo os he dado, para que como Yo he obrado, así obréis vosotros también» (Jn. 13,15). Él vino a salvarnos y darnos ejemplo de vida. Él se nos presenta en el Evangelio como ejemplo de todas las virtudes.

El santo Concilio de Trento califica el buen ejemplo de «predicación continua», y San Gregorio Magno dice que «el que vive muy santamente es un gran doctor», que está enseñando a todos.

San Pablo exhorta a su discípulo Timoteo a que lleve una vida ejemplar y «sirva de ejemplo a los fieles en la palabra, en la conversación, en la caridad, en la fe y en la caridad» (1 Tim. 4,12). (Tengamos todos presente este consejo).

Así brille vuestra luz ante los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y alaben a vuestro Padre que está en los cielos (Mt. 5,16) (nuestras buenas obras deben ser vistas por los hombres, para que les sirvan de ejemplo y alaben al Padre celestial, pero no para que busquemos las alabanzas propias).

33. Se hombre de carácter

El precio del hombre es su voluntad (es decir, la voluntad es la que hace al hombre, pues de ella y no del entendimiento depende su valor (S. Agustín).

La firmeza de la voluntad es el secreto de

llevar a cabo las empresas más arduas (Balmes) (y eso tanto para ser virtuoso como para ser sabio).

La constancia no vacila por nada, ni teme por las amenazas, ni se inclina al placer, ni se deja vencer del fraude (San Bernardo).

En la tribulación, en la angustia, en las tentaciones, se fuerte... Se el mismo siempre en lo próspero y en lo adverso... Obstáculo para la firmeza es creerse inalterable (San Agustín) (Se hombre de carácter. El carácter es fuerza o energía constante de la voluntad en orden al bien. Supone un «quiero» robusto, fuerte y perseverante).

(Carácter es el arte de saber decir que *sí* o que *no* a su tiempo, es saberse oponer al mal, decir *no* a la pasión: pereza, ira, gula, sensualidad..., es constancia en el bien obrar. para vencer las pasiones fortifica tu voluntad).

Jesucristo nos enseñó el camino de la abnegación al decirnos: *El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt. 12,24).

Tanto adelantarás en el bien cuanto sepas dominar tu voluntad (Kempis).

«No seas veleta, no empieces a cada momento algo nuevo, fíjate el objetivo y persíguelo hasta el fin... Donde millones de hombres se arredraron, allí empieza tu a trabajar... Yo quisiera que todo joven se metiera en la cabeza que puede y debe llegar a ser un hombre grande, sabio, instruido de carácter firme, mejor que otros muchos otros innumerables». Anímate, fortifica tu voluntad, se constante en seguir por el camino del bien, y esto lo podrás «con la ayuda de Dios», cual otro San Pablo, que estribaba no en solas sus fuerzas, y así decía: «*No yo, sino la gracia de Dios conmigo*» (1 Cor. 15,10).

Hoy especialmente el mundo tiene necesidad de hombres tenaces y animosos que miren a lo alto, como el alpino que escala la escarpada pared para alcanzar la cumbre y ni el abismo del precipicio que está debajo, ni la dura roca o el hielo adverso pueden detenerlo. No hay duda que por regla general no se logran grandes éxitos sin constantes sacrificios. Cada joven debe fijarse algún ideal grande para su vida... (Juan Pablo II).

San Francisco de Sales, con motivo de la canonización de San Francisco Javier, exclamó: «Ya es el tercer Francisco canonizado. Yo seré el cuarto». Y cumplió su palabra. Así se

forma el carácter. Hay que saber querer con decisión y constancia.

(El respeto humano, así como la pereza, es uno de los grandes obstáculos para ser virtuoso y hasta para ser sabio, y es necesario combatirlo. El respeto humano es esclavitud, cobardía y debilidad de carácter. «Ejercítate cada día en vencerte, aunque sólo sea en algo insignificante». Así lograrás ser hombre de carácter).

34. Habla bien y haz bien a todos

El que no peca con la lengua es persona perfecta (Sant. 3,2). *¡Dichoso el que no haya pecado nunca con su lengua!* (Eclo. 25,8).

Por la locuacidad incurrimos en pecado, sin poder evitarlo... Lo que debemos aprender ante todo es callar, para poder hablar (S. Ambrosio).

Se ha dado la palabra no para que los hombres se engañen mutuamente con ella, sino para que cada uno pueda comunicar al otro sus pensamientos (S. Agustín).

Las palabras vanas son índice de una vana conciencia, la lengua revela las costumbres del

hombre; y cual es el hablar tal demuestra ser el alma; por que *de la abundancia del corazón habla la boca* (Lc. 6,45)... No te excedas en el hablar... El río que se desborda pronto acumula lodo, el viento muy fuerte en el mar es peligroso, la cantidad excesiva de las lluvias puede causar daño, el hombre hablador tropieza... Aprende a decir no lo que te gusta, sino lo que conviene. Discierne que es lo que has de decir, y que es lo que ha de callar; y se discreto tanto en el hablar como en el callar (San Isidoro).

La muerte y la vida están en poder de la lengua (Prov. 18,21). *El que guarda su boca guarda su vida, el que mucho abre sus labios busca su ruina* (13,3).

En el mucho hablar no faltará pecado; el que refrena sus labios es sabio (Prov. 10,19). *Muchos caen al filo de la espada; pero muchos más cayeron por la lengua* (Eclo. 28,22).

El horno prueba los vasos del alfarero, la prueba del hombre es su conversación (Eclo. 27,6). *Antes de oírle hablar no alabes a nadie, porque la palabra es la prueba del hombre* (Eclo. 27,8). (La lengua revela el corazón del hombre. Por eso dijo Sócrates a un joven: «Habla para que te conozca»).

Para aprovechar en las virtudes, lo que importa es callar y obrar; porque el hablar distrae, y el callar y obrar recoge (S. Juan de la Cruz).

Maldice al murmurador y al de lengua doble, porque han sido la perdición de muchos que vivían en paz. La lengua maldiciente ha desterrado a muchos, y los arrojó de pueblo en pueblo (Eccl. 28,15).

El hombre debe ser pronto para escuchar, tardo para hablar, tardo para airarse (Sant. 1,19). ¿Has visto a un hombre que se precipita en sus discursos? Más se puede esperar del necio que de él (Prov. 29,20).

¿Sabéis cuál es la causa de la murmuración? El respeto humano, la ligereza, la envidia... ¿Dijo uno mal de ti? No digas mal de él, siquiera para no imitarle. Si oyes murmurar de otro, puedes decir: «No le ama» (Gar-Mar).

No te preocupes de lo que dicen o dejan de decir. El *qué dirán*, mirado desde la eternidad se convierte en «lo que dijeron», es decir, a veces se convertirá en nada, pues no dijeron nada (Id.).

La garantía de que os escuchen, consiste en

decir mucho en pocas palabras. Si tenéis algo que decir, decidlo y no digáis más. Saber hablar es un don de muchos: saber callar, sabiduría de pocos; saber escuchar, sabiduría de poquísimos... No hablar nunca de sí a otros y, por el contrario, hablarles siempre de ellos mismos, he ahí el arte de agradar. Todo el mundo lo conoce y todos lo olvidan.

No te canses de hacer el bien. Procura vencer el mal a fuerza de beneficios (Rom. 12,21).

El bueno no hiere a nadie, no injuria a nadie, no dice mal de nadie; todo lo contrario, dice bien de todos y a todos sirve (S. Buenaventura).

(Haz bien y no mires a quien, porque el que hace mal a otros, a sí mismo se lo hace y Dios no le bendice. Hacer mal es de corazones ruines... Hacer bien alegremente, es hacer doble bien... Si quieres atraerte la simpatía de los demás, interésate por ellos y olvídate de ti).

Haz fecunda tu existencia haciendo alegremente el bien.

Cuando veas a un hombre bueno, trata de imitarlo, y cuando veas a uno malo, examínate a ti mismo... No saber mostrarse bueno con los

malos es una prueba de que no es uno bueno del todo.

35. Hagamos la voluntad de Dios

Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación (1 Tes. 4,3). Él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos (Ef. 1,4). No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos (Mt. 7,21).

Fuera de la voluntad de Dios nada nos interesa... La santidad es la alegría de hacer la voluntad de Dios (Juan XXIII). (La santidad no es otra cosa que conformar nuestra voluntad con la de Dios. No querer más que lo que Dios quiere).

La voluntad de Dios se manifiesta a través de sus mandamientos. La Iglesia nos ayuda a descubrir la voluntad de Dios por medio de la Sagrada Escritura. En la Biblia está la palabra de Dios y ella nos señala lo que debemos creer, esperar y amar. «Si me amáis, guardad mis mandamientos (Jn. 14,15). Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos (Mt. 19,17).

La voluntad de Dios es la salvación de los hombres... Es recto el corazón humano cuando concuerda con la voluntad divina (Santo Tomás).

Hay dos voluntades: *tu voluntad* ha de corregirse según *la voluntad de Dios*, y no torcerse la voluntad de Dios según la tuya. Tu voluntad es mala, regla es la divina; manténgase la regla para que lo malo se corrija... No quieras torcer la voluntad de Dios según la tuya, sino corrige tu voluntad según la de Dios. La voluntad de Dios es como una regla: piensa, pues, que has torcido la regla, ¿cómo podrás corregirte? En verdad ella sigue íntegra: porque es inmutable. Mientras se conserva la regla, tienes adonde volverte y puedes corregir tu maldad, tienes que enderezar lo que hay de torcido en ti. Pero ¿qué es lo que quieren los hombres? No les basta tener torcida la propia voluntad; quieren torcer también la de Dios según su propio corazón, para que Dios haga lo que ellos quieren... ¿Quiénes son los de recto corazón? Los que quieren lo que quiere Dios. Eres de corazón torcido y mala voluntad, si quieres otra cosa de lo que Dios quiere (San Agustín).

Cuando el hombre ama lo que ama Dios, con justo título se le levanta al reino de aquel

de cuyo amor participa... La paz verdadera es no separarse de la voluntad de Dios, y deleitarse tan sólo en aquellas cosas que son del agrado de Dios (San León Magno).

Nunca hemos de pedir a Dios razón de lo que prescribe, sino cumplamos todo cuanto Él nos mandare (S. J. Crisóstomo).

El que muere enteramente resignado a la voluntad de Dios, deja a los demás una certeza moral de su salvación... ¡Oh! ¡cuánto valor tiene un acto de perfecta resignación a la voluntad de Dios! ¡Bastaría él sólo para hacer de un pecador un santo (S. Alfonso M.^a de Ligorio).

La doctrina cristiana nos propone claramente las verdades que Dios quiere que creamos, los bienes que quiere que esperemos, las penas que quiere que temamos, lo que quiere que amemos, los mandamientos que quiere que cumplamos, y los consejos que desea que sigamos.

Y todo esto se llama voluntad significada de Dios, porque nos ha significado y manifestado que quiere y desea que todo ello sea creído, esperado, temido, amado y practicado (S. F. de Sales).

¿Qué es la perfección sino la unión de la voluntad propia con la voluntad de Dios? (S. Alfo. M.^a).

Señor, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Mt. 6,10).

ÍNDICE

1.	Ama la virtud	5
2.	Conócete a ti mismo	8
3.	Niégate a ti mismo	11
4.	Lucha contra el espíritu del mundo	14
5.	Vive desprendido de las cosas terrenas	17
6.	Alégrate en la tribulación	21
7.	Ama la cruz y las pruebas de la vida	24
8.	Señor, sálvanos que perecemos ...	26
9.	No juzgues a la ligera	29
10.	La lectura de la Biblia	30
11.	Ama la soledad	33
12.	Camina bajo la mirada de Dios ...	36
13.	Si eres cristiano, sigue a Cristo, imítale	38
14.	¿Cómo hemos de obrar?	41
15.	Ordena tu amor	44
16.	Persevera en el bien	47

17.	Sufre con paciencia y alegría	50
18.	Aprendamos a ser mansos y humildes	55
19.	Obra con prudencia y discreción ..	59
20.	Sed sobrios, vigilad	61
21.	¿Por qué la Iglesia recomienda el ayuno?	64
22.	Ante la brevedad de la vida, estemos preparados	68
23.	La gracia y la paz sea con vosotros	71
24.	Vive con fe, esperanza y caridad ..	79
25.	Estima en mucho los santos sacramentos	85
26.	Reflexionemos: ¿A dónde caminamos?	89
27.	No peques, no seas blasfemo	93
28.	Teme a Dios y guarda sus mandamientos	96
29.	No vivas en pecado. Conviértete al Señor	100
30.	Oremos para vivir más unidos a Dios	103
31.	Joven, aprecia la virginidad. Ama la vida religiosa	110
32.	Sé apóstol del bien	118
33.	Sé hombre de carácter	122
34.	Habla bien y haz bien a todos	125
35.	Hagamos la voluntad de Dios	129